

La Esfera

Año V Núm. 230

Precio: 60 cénts.



LA TENTACION DE MARGARITA, dibujo de Juan José

¡CABALLEROS!
Si el rasurarse inflama su cutis

"Nieve" ("HAZELINE"
SNOW")
(Marca de Fábrica)

Hazeline

calma y conforta instantáneamente
Es deliciosa en su uso, y muy poquito es suficiente

En todas las Farmacias y Droguerías
Burroughs Wellcome y Cia. Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

All Rights Reserved

S.P. 1403

RAMOS Últimos modelos en postizos fantasía. Lavado y ondulación Marcel en casa y a domicilio.

HUERTAS, 7, MADRID



Hasta aquí fue la gloria más segura para el artista docto y de talento copiar del natural, con sentimiento, una bella expresión, una faz pura y un conjunto cabal en la figura; mas hoy, que la belleza es más corriente, su gloria está en copiar de la hermosura esa faz inmaculada de blancura y ese cutis tan fino y transparente que dan nuestros productos PECA-CURA.

Jabón, 1,40. — Crema, 2,10. — Polvos, 2,20. — Agua cutánea, 5,50. — Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

ANGEL BARRIOS DENTISTA Diplomado en Filadelfia.
Dientes artificiales, sistema americano, fijos
75, ATOCHA, 75

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

¡GUERRA A LA ANEMIA!
PARA
VIVIR MUCHOS AÑOS

USEN LOS NIÑOS Y LAS PERSONAS MAYORES
EL JARABE DE HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE INAPETENCIA Y DEBILIDAD GENERAL

RECHÁCESE TODO FRASCO QUE NO SE LEA EN EL EXTERIOR CON TINTA ROJA
• HIPOFOSFITOS SALUD •
EN LA ARGENTINA PIDASE "HIPOFOSALUD"

PINTORES DECORADORES

La revista mensual *Decoración Interior con Pintura* publica en su primer número 4 grandes láminas en colores, repletas de dibujos artísticos, texto interesante y condiciones de suscripción al precio de 3 ptas. Puede adquirirse en librerías y kioscos y en la Librería Artística, calle Dr. Dou, 11, Barcelona.

UNDERWOOD



Campeón

de las Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
CASA SUIZA

FOTOGRAFÍA **BIEDMA** 23-Alcalá-23
: Casa de primer orden : **BIEDMA** HA V ASCENSOR

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO



No deje de enviarme inmediatamente seis botellas de Jerez, porque he terminado las anteriores y no puedo pasar sin el riquísimo

XEREZ-QUINA RUIZ
DE "FÉLIX RUIZ Y RUIZ", JEREZ



PRIMERO Y UNICO DE SU GENERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid

La Esfera

Año V.—Núm. 230

25 de Mayo de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



RETRATO DE MARÍA ANA DE AUSTRIA

Cuadro de Velázquez, existente en el Museo del Prado



DE LA VIDA QUE PASA
EL MOZO ABURRIDO



HACE algunos años sonó la voz temerosa, gritando: «No hablemos más del Cid.» Fué tan inoportuno el consejo, que poco más tarde estallaba la guerra, y cada pueblo evocaba á sus antiguos héroes, hasta á los de ínfima categoría, porque era necesario poner en el corazón del ciudadano-soldado la molécula de hierro que hace amar el riesgo noble y sacrifica el bienestar egoísta á la defensa de la Patria. Sólo aquí hay aún quien, entregado á los entusiasmos exóticos, desdeña la tierra en que naciera, y no ha mucho que la odiosa invectiva ha tornado á estallar en los aires. Son los españoles corrompidos que quisieran sacrificar á España en el altar de las otras naciones. Gritos de Caín, que esterilizan las entrañas maternas.

No os extrañe que luego se oiga esta otra voz: «No leáis el Quijote.» Es que se quiere ir mermando el vigor del español, de suerte que en breve quede convertido en un ilota sin voluntad y sin potencia espiritual. Precisamente ahora es cuando habría de ponerse en cada esquina un aula en que se refiriesen las gestas de Rodrigo de Vivar, y otra en que se cantaran los tristes empeños del amador de los Ideales. Con ello luciría sobre el mundo la genialidad hispánica, que nunca como en esta era de barbarie universal, de codicias envenenadas, de odios impíos, ha de ser, y será, pese á los siervos de la ajena envidia, faro de luces guidoras por la senda de la fraternidad evangélica.

Pero aunque esas predicaciones horribles sean tan poco eficaces, aun queda en la ignorancia ambiente quien las oye... Y acaso sea el oyente el pálido sujeto que yace en la holganza á la sombra de los porches de la plaza vieja, sobre la que el sol, al ponerse, derriba la sombra de la torre parroquial... Es un mozallón de

pobre linaje, no tan ruín que haya de buscar acomodo con amo para labranzas ó guarderías, pero incapaz por su persona y su familia de salir del recinto mortecino de la existencia lugareña; un guarismo en la estadística de los que saben leer y escribir; un analfabeto en la realidad de su relación con la letra impresa... Si Dorothea, su vecina, le enciende el corazón con el mirar de sus ojos diabólicos, él saldrá de su pereza para rondar con los otros mancebos, entre torpes rasgueos de guitarras, cuando la alta luna luce en los tejados, callejas y plazoletas de la villa. Pero fuera de ese estímulo divino del amor, el pálido mozo es como sombra que va de su hogar al ejido, de la iglesia, en la misma festería, al juego de pelota, y de allí á los rincones de las callejas urbanas, donde á las veces se esconde en la caediza obscuridad de los tejados saledizos, donde, envuelto en su capa de pardomonte, aguarda algo que no llega. Detrás de él va el tedio, su señor...

Porque habéis de saber que la mocedad lugareña radica extática en la inopia de alimento espiritual, entre las ruinas de las viejas ciudades, sin que sienta el ansia de las empresas difíciles, ni la esperanza de los esfuerzos útiles... Y así, el poeta dijo de ese mozallón holgazán... «El pálido mozo...» Denuedo, valor, empuje, eso le sobra... Mas no encuentra en torno la seducción heroica, capaz de moverle. En su alma existe el afán de lo grande... Sabe que le rodea lo pequeño... Es como el sujeto poemático de Rabindranath Tagore: «Mis pies no pueden con mi corazón, y estoy aquí quieto en la sombra...»

Hasta que una noche, en el aburrimiento de la vida, bajo los tejadillos que cubrían la imagen de un Cristo, creyó el mozo que sonaba una canción borrosa que en la niñez escuchara en la es-

cuela, cuando el dómine anciano y temeroso le enseñaba el abecedario. Y pensó que alguien decía:

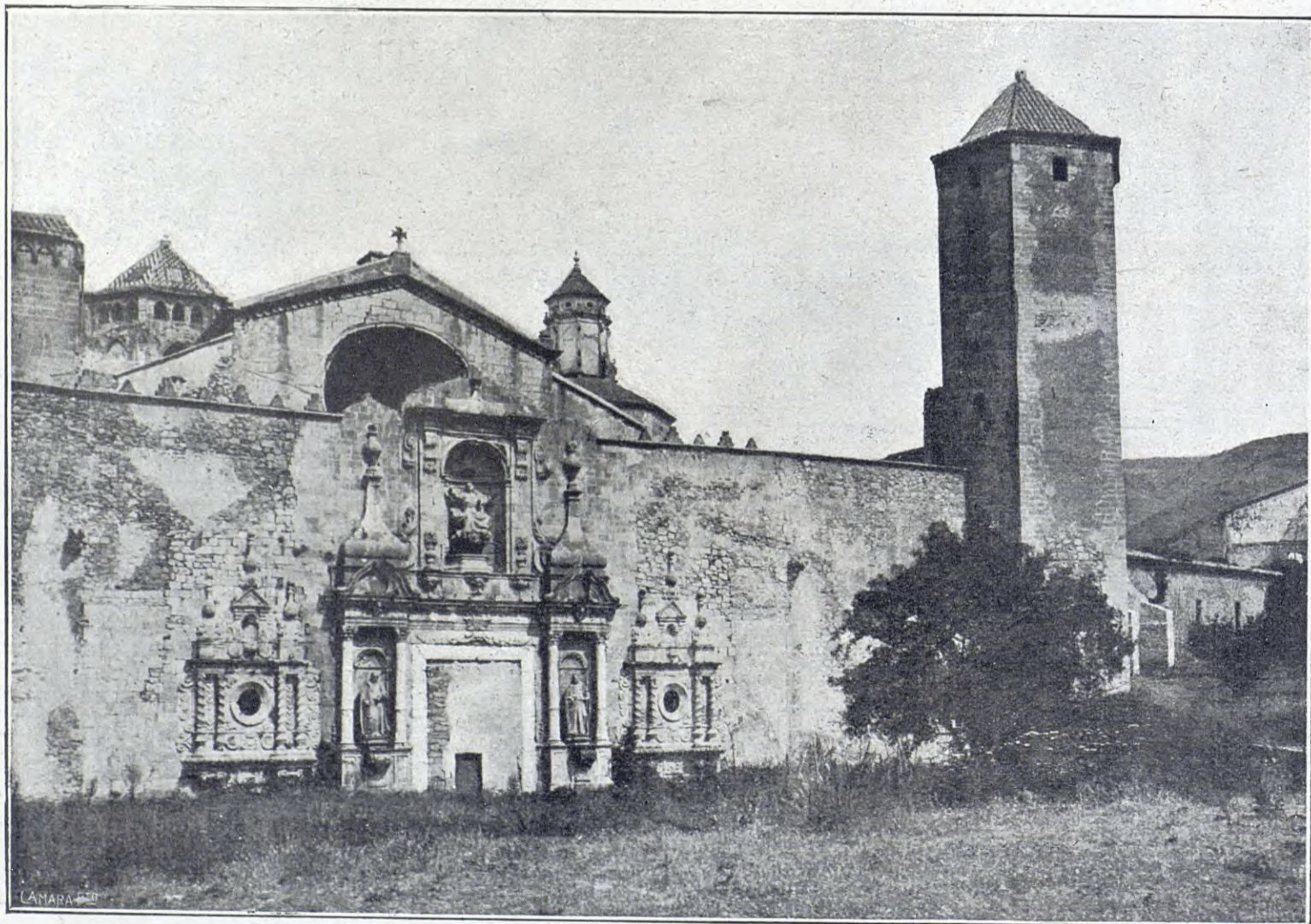
«Cuidando Diego Láinez en la mengua de su casa fidalga, rica y antigua, antes de Iñigo y Abarca... Mandó llamar á sus hijos, y, sin decilles palabra, les fué apretando uno á uno las fidalgas tiernas palmas... Las apretó de manera, que dijeron: «Señor, basta; ¿qué intentas ó qué pretendes?» Suéltanos ya, que nos matas... Mas cuando llegó á Rodrigo, casi muerta la esperanza del fruto que pretendía... con mucha furia y denuedo le dice aquestas palabras: «Soltedes, padre, en mal hora, soltedes en hora mala, que, á no ser padre, no hiciera satisfacción de palabras; antes, con la mano mesma, vos sacara las entrañas, haciendo lugar el dedo en vez de puñal ó daga...»

Y el «mozo pálido» dió una embestida á los embozos de su capa de pardomonte, y se lanzó á la calle en busca de la empresa que el viejo cantar había despertado en sus mientes.

No sé cuándo pasó esto, ni si ha pasado, ni tampoco sé si es recuerdo ó profecía... De lo que me hallo seguro es de que, cuando voy por las aldeas y me encuentro con la mirada hosca y cerril del mozo pálido, pareceme que van á temblar los aires con los asonantes del *Roman-cero*, y que el provecito labriego que torna del sembrado con su escapulario de estezado, es nieto de Diego Láinez, el que apretaba las palmas de sus hijos para demostrar su empuje.

J. ORTEGA MUNILLA

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

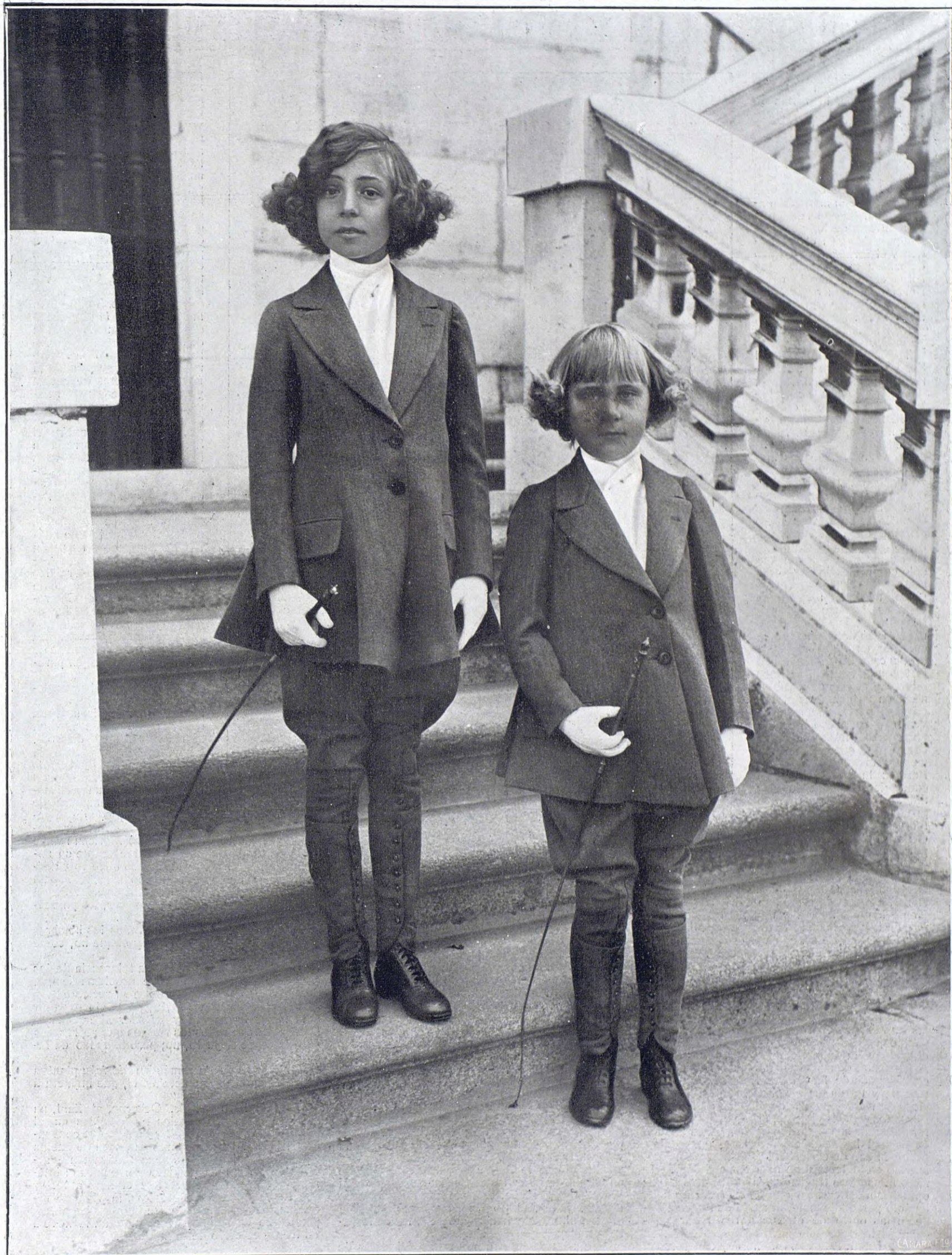


Poblet.—Fachada de la iglesia del monasterio

FOT. HIELSCHER

LA ESFERA

LOS HIJOS DE LOS REYES



LAS INFANTAS DOÑA BEATRIZ Y DOÑA CRISTINA CON LOS NUEVOS TRAJES DE EQUITACIÓN, EN UNA DE LAS ESCALERAS DE PALACIO

FOT. MARÍN

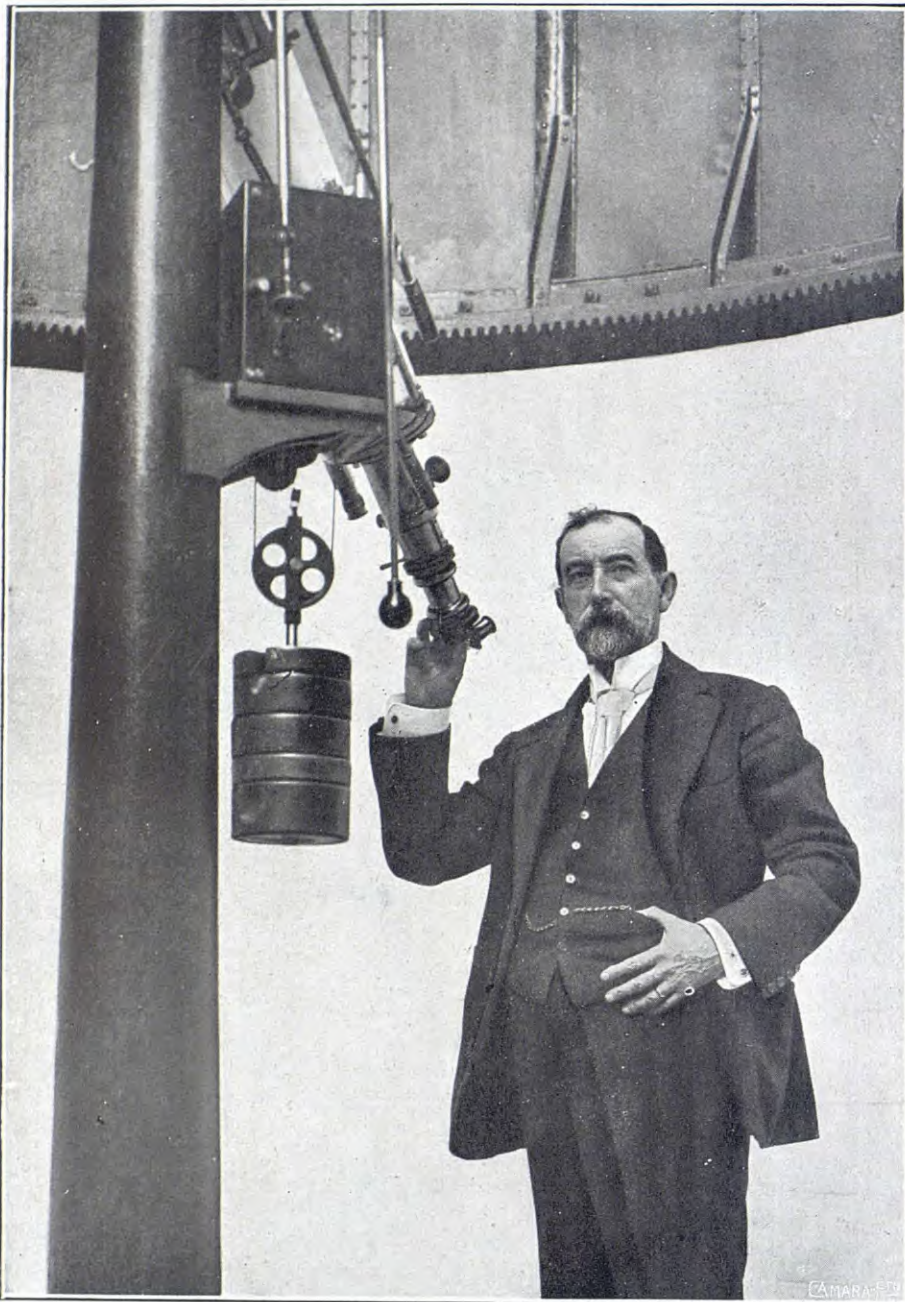
UN CONTINUADOR DE PEREDA

OCHARAN Y SU NOVELA "MARICHU"

HACE pocos días llegó, por mano de un amigo á las mías, la novela de D. Luis de Ocharan, *Marichu*. Nada sabía yo del autor ni de la obra, ni sé ahora del primero más que lo que el señor Cejador dice en el prólogo de *Marichu* y lo que el amigo hubo de contarme al encarecerme el mérito del libro, la pureza de su estilo, la vida intensa de los personajes populares en él retratados y el atractivo romántico de la heroína. Estimulado por estos elogios, que la experiencia me hizo admitir á beneficio de inventario, empecé á leer el libro con curiosidad, y seguí leyéndole con interés y afición.

Todavía, si la novela del Sr. Ocharan fuese sencillamente un libro bien escrito, es muy posible que no me hubiera determinado á escribir este artículo. Se publican muchas novelas, y yo no tengo encargo de registrarlas todas como vista de Aduanas literario. A más, que lo del castizo estilo, lo del «bien escrito» ó «bien escrita» son excelencias que no me impresionan demasiado. Las palabras me parecen, en Literatura, lo que los colores en Pintura: indispensables; pero sólo con la mezcla de colores no se pintan cuadros. Por otra parte, mientras una lengua vive, está en movimiento y transformación, sin que se inmovilice en un canon de época. Mas en *Marichu* descubro, y creo descubrirá quien la lea atentamente, algunos interesantes rasgos que bien merecen un comentario. Es, por una parte, una supervivencia ó un nuevo brote de un género de novelas, hoy en decadencia, que dió nombre á un escritor tan famoso como Pereda: la novela regional cantábrica, de pescadores y aldeanos; plantea un grave problema de ética sexual (tratado en estos mismos días por el Dr. Toulouse): el de la diferencia establecida por la moral corriente y las costumbres (que son esa misma moral en hechos) entre la pureza que se exige á la mujer y el libertinaje que se consiente al hombre antes del matrimonio. Ultimamente, es un curioso archivo del lenguaje popular de las costumbres y tipos, y hasta del *folklore* de una población que desaparece, del histórico Castro-Urdiales, que va absorbiendo rápidamente el Castro-Urdiales moderno.

¿Quién es D. Luis de Ocharan? El Sr. Cejador dice en el prólogo de *Marichu* que es un caballero de edad madura, rico, muy aficionado á las Letras y á las otras bellas artes, natural del pueblo que describe en su novela. Habla también el prologo de la afición del Sr. Ocharan á la Astronomía, de sus artísticos trabajos fotográficos, algunos de los cuales vieron la luz en LA ESFERA, y de su culto por Cervantes, que bien claro se manifiesta en las páginas de *Marichu*. Por estas y otras noticias, creo yo que el carácter del autor se refleja fielmente en esta novela, en la cual hallamos manifiestas señales de un espíritu lleno de curiosidad espiritual y estética, nutrido en la lectura de nuestros clásicos, inclinado á las ideas tradicionales y bien provisto de optimismo. Es curioso que en *Marichu* no haya un solo personaje malo, al revés de lo que sucede en las obras de otros autores. De uno, famoso justamente, me decía un amigo cariñoso: «Fíjese usted. En sus obras no hay una persona decente.»



D. Luis de Ocharan, autor de la novela "Marichu", en su Observatorio Astronómico, de Madrid
FOT. CAMPÚA

El ejemplar de *Marichu* que ha llegado á mis manos pertenece á la segunda edición, impresa con sencilla elegancia en Barcelona. Es un libro que engaña. Parece pequeño, y gracias al delgado papel, contiene 780 páginas. Esta extensión de la novela, doble, por lo menos, de la ordinaria, pues ya no suelen escribirse novelas largas (el *Jean Christophe*, de Romain Rolland, es una excepción), no se debe á lo complicado del asunto, sino á la prolifidad descriptiva, donde se retrata el amor con que el escritor trata el asunto. Se está viendo en el libro la labor paciente y placentera de un aficionado que se deleita evocando recuerdos y figuras familiares y trasladándolas al papel. Uso la palabra aficionado en su verdadero y más noble sentido, en el de aquel escritor ó artista que no es profesional y produce exclusivamente por amor á su arte y á su asunto.

Muy avanzada la novela, casi al final, es cuando se plantea su verdadero asunto novelesco: los amores románticos de Marichu y Fernando. Hasta entonces, es un libro de costumbres, de tipos y paisajes, en forma novelesca, en que pinta el autor con mucho colorido y realismo la vida de pescadores, ferrones, escabecheras y vendimiadoras de Castro-Urdiales, esmerándose en algunas figuras muy típicas como las de don Valentín y su familia, el fraile franciscano Padre Coraje, Julián, el tío Roque y otras que bien pueden alternar y hombrarse con las de la galería novelesca de Pereda.

Este nombre vendrá á la mente del lector de *Marichu*, inevitablemente. Es el término de com-

paración que se ofrece de un modo espontáneo, por la gran semejanza entre ambos escritores. Ocharan es un Pereda vasco. Hay, sin duda, diferencias. En Pereda hay más nervio, mayor grandeza; pero hay, al mismo tiempo, un pujo, un conato de edificación moral y religiosa, de que está libre Ocharan. Sin duda, éste es católico á machamartillo como Pereda, tradicionalista (en amplio sentido) como él; pero se deleita en la pintura de su Flaviobriga, sin miras trascendentales, y con un robusto y regocijado optimismo que no tiene Pereda, á quien la vida reservó al final grandes dolores. En *Marichu*, la delectación con que don Valentín se entrega á los placeres de la mesa, sembrando la novela de recetas de cocina y de páginas de bodegón flamenco, respira una inocente alegría del vivir.

La acción de la novela del Sr. Ocharan se desarrolla en la tercera y principios de la cuarta década del pasado siglo. Castro-Urdiales es su escenario, salvo un paréntesis, de reconstrucción erudita, que describe el Madrid de 1822. No carecen de interés estas páginas; mas bien claro se advierte que, mientras las de Castro-Urdiales son reflejo inmediato de la realidad (porque el Castro-Urdiales de 1822 á 33 ha debido de sobrevivir á sí mismo bastantes años), la pintura de la vida madrileña viene de lecturas, es de origen puramente erudito.

Como el autor, hemos dejado para el final la novela amorosa de Marichu. Esta señorita, de noble familia, hermosísima, muy discreta, tan culta, que, á escondidas, añade capítulos al *Quijote* como el ecuatoriano Juan Montalvo (caso un poco marisabidilla), se enamora de Fernando, un joven de singulares prendas. El la adora, parece que van á ser felices; pero Marichu rompe el proyectado enlace al enterarse de que su novio, no obstante ser un muchacho honesto y tímido, no irá al tálamo tan puro é inmaculado como ella. A casi todas las muchachas casaderas, y á la inmensa mayoría de los hombres, les parecerá pueril el escrúpulo de Marichu.

Hemos convenido en que todos los hombres son viudos antes de casarse, y el que no, corre riesgo de estar en ridículo.

Mas, como decía antes, esta tolerancia de las costumbres plantea un grave problema sexual, que examina el Dr. Toulouse en su reciente libro *La question sexuelle et la femme*. ¿Es justo exigir á la mujer la pureza y permitir al hombre el libertinaje, con todos los riesgos que representa para la especie? Justo, no; pero tampoco de fácil remedio.

El hecho es que la romántica *Marichu* plantea un problema de gran actualidad, que inquieta á los hombres de ciencia.

Lleva el libro del Sr. Ocharan, al final, un glosario de voces locales no incluidas en el *Diccionario de la Academia*; ejemplo que convendría imitar á los escritores que usan de hablas dialectales ó jergales, ó son excesivamente arcaizantes. Y no es pequeña parte para el interés y el agrado que promete el libro al lector que tenga aficiones filológicas, la viviente reproducción del habla de marineros y aldeanos: pintoresco castellano vasco, que da á la novela un fresco colorido de naturalidad.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

CUENTOS DE "LA ESFERA"
EL HONDO CAMINO

MUCHAS veces anduvo la muchacha aquel camino así que empezó á mocear. Desde su pueblo, Montano, hasta la próxima estación del ferrocarril, la ruta más ligera se hacía por el bosque y la hoz, para salir al puente, sobre el Saja, á la orilla del tren.

Y era preciso embarcar á menudo frutas y legumbres, pichones y corderos para el mercado, colojos de mimbres para la industria de cestería, hierbas medicinales para los químicos, gavillas de flores para las vendedoras de la capital.

Muy solitario se mostraba el sendero que discurría por la selva medrosa y por el atajo profundo, en la linde misma del río, bajo la penumbra del monte y la canción fría y ronca de las aguas.

Pero Isabel no había sentido miedo en sus viajes frecuentes, cargada con la humilde mercancía, ni en sus retornos al anochecer, alcanzada con frecuencia por el turbión y el zazagán, perseguida por el siniestro graznido del buho y la miloca.

En lo más duro del invierno frecuentó la muchacha el sombrío congosto, las hazas y el bosque del ansar, toda la adusta leja de la vaguada, ensordecida por el grito de los rabiones. Fué y tornó por allí, confiada y serena, muchas tardes breves y tristes, con las nubes encima y abocada la noche...

Hoy crece Mayo; la tarde acaba de nacer; el río, sin cejo, corre igual que una serpiente, gozoso y brillante á la lumbre del sol; en el inmenso altar de las montañas arde el fuego sagrado de la luz; el bosque palpita como un nido colosal, y cuanto se derrama balsámico y dulce sobre la tierra parece que sube en la brisa á perfumar el cielo.

Sin embargo, Isabel camina con zozobra por los amigos andurriales. Sostiene en la cabeza una canastilla de flores, ufana y gentil como las canéforas del viejo paganismo, y oculta con la gracia de sus encantos la íntima inquietud que va padeciendo.

Su guedeja oscura se desborda sobre un rostro moreno y peregrino, y su garbo no necesita más realce que el de la falda pobre de terliz y la blusa clara de percal.

Sabe la muchacha que es hermosa, y hoy quisiera mirarse en todos los remansos del río, desde el cadoso más profundo hasta la más suave cinta que pandea por la breve llanura; pero es preciso llegar á la estación para la hora del tren y sacrificar su vanidad, aplazando hasta el retorno las contemplaciones de su imagen: se alisará el cabello, despeinado por la carga de las flores; se prenderá una rosa en el corpiño, y volverá despacio, muy despacio, dando tiempo á que la encuentre Jesús en las lindes del ansar, allí, junto á la sendera que conduce al pueblo por la espesura de la fraga.

El mozo que la quiere de amores es el más rico labrantín de las cercanías, y pretende hablar hoy de la boda, cuando la muchacha vuelva de su obligación y él suspenda su trabajo, á la caída de la tarde; juntos andarán el camino di-



ciéndose muchas cosas nuevas y dulces, y llegarán juntos al poblado para tratar con los padres de ella el asunto matrimonial.

Sólo motivos de goce y esperanza empujan á la niña caminante, que ignora por qué se siente perseguida y recelosa, con ganas de correr, quizá de huir, sólo al pensar cómo se le acerca el momento delicioso de la cita. Cunde en el aire, á juicio de Isabel, una singular inquietud, una amenaza silenciosa que estalla, muda, á cada instante, sobre el camino embalsamado de silencio, en el férvido homenaje que el campo rinde á la Primavera.

Y la muchacha, que no tiene prisa, ajusta el paso al compás frecuente de su corazón, y se aturde si el agua recoge en su cristal un rehilo tembloroso de luz, si los árboles ponen en el sendero una medalla de sombra, si vuela un pájaro, fugaz como una mirada, para subir á las yemas rubias de los gromos ó á las cimas azules, besadas por el cielo...

Hizo Isabel una tornada lenta por el escobio solitario, viendo á la tarde morir en la púrpura regia del crepúsculo. Iba cogiendo margaritas y corazoncillos, juncias y borrajas, entre la zarzamora y el laurel, hasta juntar una haldada de flores, humildes y fragantes, que la embriagaron

con su compañía. Pudo, al fin, mirarse en el agua presada y transparente, cuyo fresco rumor se tendía con languidez sobre las llecas vírgenes, ablandando la rudeza del camino; le pareció que subía la primera ráfaga de la noche con un escalofrío de pasión por la recia espalda de las cumbres, y creyó sorprender en el paisaje, de una manera cadenciosa y oculta, el matiz de su propio sentimiento.

Inquieta y anhelante, ruborosa como la luz vespéral, llegó á la orilla del bosque, donde la esperaba Jesús.

Era éste un mozo de buen pergeño, alto, fuerte y membrudo; llevaba la blusa corta, desabrochada con desdén; el talle enfajado de seda, y en la mano una somiza que se divertía en trenzar; mostrábase encendido y ferviente, igual que la muchacha, como alcanzado también por el fuego ponentino de las nubes.

Al reunirse cambiaron algunas frases envueltas en la mutua confusión, y luego vacilaron un poco antes de esconderse en las honduras del ansar.

Allí, á la entrada de la salvaje lendera, hay un molino medio ruinoso, con su historia de escándalo y de amor. Tiene las puertas francas para refugio de aventuras malignas, y las paredes abiertas á las aves codiciosas de abrigo nidal.

Isabel y Jesús pasaron, sin mirarle, junto al peligroso rincón, y anduvieron de prisa por el borde de la presa, mudos, en tanto que clamaba la corriente bravía del socaz. Cuando la voz del agua se fué amansando en la espesura, los novios se detuvieron á escuchar otras voces indecisas, latentes y silenciosas como la sangre que fluye en las entrañas y las horas que fluyen en el tiempo.

Un hervor de vida palpita con ritmo apasionado en la miera olorosa de los árboles, en el liber profundo de los troncos, en las hierbezuelas y los brotes del mantillo silvestre.

Entonces el viento, sofocado con su carga de aromas, arrastró un confuso clamor, parecido á la brama de las bestias montaraces; el sol se fué á dormir en brazos de la noche, y el ansar quedó envuelto en caliente penumbra.

Los dos enamorados se contemplaban muy absortos: él con la mirada celosa y febril; ella con las pupilas soñolientas, como la tenue claridad del novilunio.

De pronto la moza soltó el halda que contenía las flores de la ribera, iniciando un movimiento de fuga, sin saber por qué. La detuvo el muchacho, preguntándole con ansiedad:

—¿No me quieres?

—¿Quererte?... Sí, sí—respondió trémula.

El viento volvió á gemir; cargado de rumores insinuantes levantó la cortina de la selva; por la cándida hendedura asomó el cielo un ojo azul, y vieron los amantes dos luceros que se deslizaban juntos por la noche, con el ascua muy encendida, fuerte y misterioso el temblor...

CONCHA ESPINA

DIBUJO DE RIBAS

NUESTRAS VISITAS
CONSUELO HIDALGO

YA acomodados en aquel gabinete modesto, desde donde se veía el dormitorio y el lecho sobre el cual sueña la artista revoltosa, contemplamos con interés el rostro de la señorita Hidalgo, que había tomado asiento en el sofá, frente á nosotros, y se mostraba verdaderamente hechic era.

La señorita Hidalgo tiene unos bellos y alegres ojos color de caoba; el cutis, blanco, traslucido de rosa; la boca, grande, de labios gruesos y cortos, que dejan al descubierto sus dientes iguales y blanquísimos como piñoncitos en leche. Al sonreír, la señorita Hidalgo se muerde los labios: son mordisquitos pequeñines é incitantes que los humedecen y encienden hasta parecer los bordes de una herida.

—Consuelo—hemos exclamado tras la breve contemplación.

—¿Qué?—interrogó ella, inquieta, esperando una pregunta sensacional.

—Resulta usted todavía más bonita en casa que en el escenario.

Toda la inquietud de la artista se resolvió en una sonrisa apacible de infantil pureza, ante nuestra trivialidad.

—Cuidadito con tomarme el pelo, que le llevo corto.

Y al mismo tiempo que decía esto, con su mano larga y fina como la cabeza de una serpiente de alabastro, se cogía un mechón de su cabello casi negro.

Antes de seguir adelante quisimos restablecer la sinceridad de nuestra apreciación, y, con absoluta seriedad, exclamamos:

—Nada de tomaduras de pelo, señorita Hidalgo; si no, veamos; contésteme usted á las preguntas que pienso hacerle.

—Vengan; diga.

—Usted, ¿cómo se cree, bonita ó fea?

Su gesto, de continuo plácido y sereno, volvió á turbarse un poco.

—Hombre, hombre—titubeó.

—La verdad.

—Mire usted—dijo, al fin, resuelta—. Bonita no puedo ser porque no tengo las facciones bonitas; tengo una carilla muy chapucera. Esta nariz así.

Y con la palma de la mano se levantó sin piedad y con un poco de rencor la punta de la nariz para arriba.

—Bien. Y los ojos, ¿cómo son?

—Muy chiquitos, pero muy alegres; ¿no le parecen á usted alegres?

Asentimos con la cabeza.

—¿Y las cejas?

—Las cejas—murmuró, haciendo un gesto de descontento—, un poquito peludillas están; pero, en fin, pueden pasar.

—Y la boca, ¿cómo es su boca de usted?

Sonrió plenamente satisfecha y...

—No sé. A usted, ¿cómo le parece?

Y mostró los dientes, tentadora.

—A mí me parece que es lo más peligroso de usted, y con lo que tiene usted que tener más cuidado. Seguimos. ¿Y su pelo?

—Feo, porque no lo tengo ondulado ni nada.

Esta vez su voz era dolida y mimosa.

—¿Y... la nariz?

Hizo un gesto de cómica amargura.

—¡Ay por Dios! No me toque usted la nariz, que estoy muy descontenta con ella.

—Perfectamente; pues pasemos al cuerpo.

—Mire usted: en el cuerpo—me interrumpió rápida—no es preciso entrar en detalles. El cuerpo no tiene pero. Es lo mejorcito que hay en casa.

—Bien, señorita Hidalgo; pues fíjese en que usted, con su misma boquita, me ha dado la razón. Es usted una artista encantadora; y ahora hablemos de otras cosas.

—¿Está usted satisfecha de su carrera artística?

—¡Oh! satisfchísima. Nunca pude ni soñar ser lo que soy en el teatro.

—¿Recibirá usted muchas cartas amorosas?

—¡Uf!; muchísimas. Yo, ni las leo; mi madre es la encargada de leerme las.

—A lo mejor, la felicidad pasa por sus manos de usted, y usted ni repara en ella—lamentamos.

—Es posible; pero es una forma tan rara de dirigirse á una...

—¿Es usted valenciana?

—No, señor. Yo nací en Gibraltar, por casualidad; pero nací allí.

—¿Y eso?—inquirimos.

—Como mi padre y mi madre eran artistas, andaban de *tournee*...

Entonces la mamá, que permanecía de pie al lado de nosotros, intervino.

—Andábamos su padre y yo por Andalucía con la compañía de Cereceda. Tuvimos que «degollar» la temporada de Granada porque el negocio fué pésimamente; nos acercamos á Gibraltar, y allí nació ésta, que, cuando pequeña, asustaba de fea.

—Si no—terminó Consuelo—yo sería granadina.

—¿Llevaba usted mucho tiempo dedicada al teatro cuando debutó en el Reina Victoria?

—Cinco años. Había hecho tres temporadas en Valencia, y una aquí en Madrid, en Martín.

—Cuando pequeña, ¿era usted ya muy aficionada á la escena?

—No, señor; mi padre no me llevaba nunca, ni quería que fuese al teatro. Mi gran



afición era el baile. Yo cogía unos vestidos de mi madre, me los ponía, me colocaba una peineta, y ¡hala!, á bailar. Siempre estaba bailando.

—¿Y lo hace usted bien?
—Sí; bailar, bailo muy bien.
—¿A qué edad debutó usted?
—A los diez y ocho años.
—¿En qué obra?
—En *La Alegre Trompetería*. Fué una cosa inesperada. Estaba yo en el escenario de Ruzafa aquella noche; faltaba una de las «manolas»; se empeñaron en que yo saliera, y... salí. Esto fué en la primavera, y ya en el invierno trabajé de segundita triple.

—¿Ganaba usted?
—Dos duros.
—¿Todo esto en el Ruzafa, de Valencia?
—Sí—asintió—; siempre en el Ruzafa; sólo salíamos de allí los veranos.

—¿Cuál fué el primer acierto considerable que tuvo usted?

Rememoró dulcemente.
—Fué en Alicante, en *La Corte de Faraón*, y, después, en *El bueno de Guzmán*.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida?

Meditó.
—El día que estrené *La Duquesa* ha sido el día más alegre para mí.

Calló. Nosotros respetamos su silencio, que, seguramente—y en su gesto se traslucía—, era un silencio de evocaciones muy agradables y alegres.

—¿Cuál es el rasgo característico de su espíritu?

—La tontez. Soy simple; demasiado tonta.

—¿Cuál es la artista que más le gusta?

—¿De todas?
—Sí.

—La Guerrero.
—¿Y de su género?

—De mi género...
Dudó un instante; después exclamó:

—Yo.

Soltó una carcajada, y me advirtió, inquieta:

—¡No vaya usted á decir eso!

—¿Por qué?

—Porque no es verdad. Es una bromita. Yo me conozco muy bien; no soy completa; pudiera tener más voz.

—De todas las obras que ha hecho usted, ¿cuál prefiere?

—Tal vez, *El Tabarín*.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años cumplo en Mayo. ¡No debían pasar más años!

—¿Le inquieta á usted la vejez?

—Como artista, la odio; es tener que renunciar á todo lo que una más adora.

—¿Ha estado usted enamorada?

Miró á su madre; hubo una leve inteligencia de ojos á ojos, y murmuró modestamente:

—Enamoradilla nada más. Tónteos.

—¿Qué es lo que más le agrada de la vida?

—Dormir. Por cierto que hoy me ha quitado usted dos horas de sueño. Por eso no temo á la muerte, porque me gusta con delirio dormir, y ¡debe de ser tan parecido un sueño á otro!

—No lo crea usted, señorita. Lo agradable de dormir es despertar. ¿Cuál es su tipo de hombre para enamorarse?

—¡Vaya una preguntita!—protestó mimosa—. Mire usted: quiero que sea de alto como yo para mirarle á la cara; jovencín, jovencín, para que no esté maledado; morenito, sin bigote, elegante, valiente y cariñoso; sobre todo, esto último: elegante, valiente y cariñoso. ¡Ah!; y capitalista.

—¿Hasta qué edad piensa usted trabajar?

—Hasta que el público me eche.

—¿Y si se casa usted antes?

—No me casaré; pero si me gustaba mucho mi marido, lo sacrificaría todo por él.

—¿Le atrae á usted la vida de casada?

—¡Oh! no.
—¿No querría usted tener hijos?
—¿Eh? Alguno; pero no creo que hagan mucha falta.

—Ahora, no; pero luego, cuando ese cabellito castaño se vaya poniendo cenizoso, sí.

—Tal vez entonces... Ahora ya tengo á éstas—y cogió las dos muñecas que tenía á su lado—.

Estas se quedan en casa tan calladitas.
—¿Es usted romántica?

—No, no soy romántica. Tampoco soy como me manifiesto en el escenario. Todo lo contrario. La gente se asombra del contraste que existe entre mi carácter honesto y retraído y los papeles escandalosos que represento. Yo, si jamás hubiese puesto los pies en el escenario, sería á estas horas una madre de familia modelo.

Fué á los dos días del desventurado estreno de *Mefistófela* cuando una noche visitamos á la señorita Hidalgo en su *camerino* del teatro para leerle las galeradas de nuestra conversación.

El cuarto de la señorita Hidalgo está situado en el primer piso del Reina Victoria. Muy pequeño; como una jaula. Las paredes, tapizadas. Sobre el tocadorcito, muy coquetón, objetos de plata. A la derecha, la luna de un espejo, para que la artista pueda contemplarse de pies á cabeza antes de salir á escena. Casi siempre el cuarto de la señorita Hidalgo está convertido en una canastilla de flores. Aquella noche eran puñados de claveles rojos y blancos adornando los jarrones.

Consuelito nos recibió con su risa candorosa, que guardaba muy poca armonía con el traje rojo de diablesa. Su mamá le preparaba el vestido que había de ponerse para el siguiente acto. El marqués de Casa X, sentado en un silloncito, se extasiaba en aquel ambiente, aromado y pagano.

Hablamos primero de *Mefistófela*. La picaresca tiple estaba muy triste. No creía que pudiera fracasar una obra en donde ella hizo toda clase de diabluras. ¡Qué desengaño! Y los ojos de la señorita Hidalgo se velaron por una suave, por una dulce melancolía que no iba muy bien con el traje rojo de *Mefistófela*.

—Tanto esfuerzo, tanto trabajo perdidos...

—Consuelo—exclamamos, fijándonos en los claveles—. Veo que es usted muy aficionada á las flores.

—Sí; mucho. ¿Ha visto usted qué claveles tan hermosos? Me los ha enviado un desconocido y enamorado oficial francés que estaba aquí reponiéndose y que hoy se ha marchado al frente inglés.

—Muy interesante eso. Cuénteme usted.

—Nada más que eso. Todos los días recibía una carta muy romántica de un oficial francés. Hoy, con una de despedida, me ha enviado esos claveles. Tome usted uno.

Y la señorita Hidalgo nos agasajó poniéndonos un clavel blanco en el ojal de la americana.

—Le traía á usted las galeradas de nuestra conversación. A ver si está usted conforme.

Y le entregué las pruebas, que ella se puso á leer con inquietud y con avidez.

Entretanto, su madre cepillaba los zapatos de raso. El joven marqués seguía todos los gestos de la tiple. Nosotros curiosos nos mirábamos por todo el cuarto. Al fin, nuestros ojos se tropezaron con una carta que había sobre el tocador. Era un plieguecillo pequeño, con una corona dorada, de marqués. Debajo decía: *Marqués de V...* Y cometimos la imprudencia de leer: «Adoradísima Consuelo: Deseo verla, deseo hablarla. Mi dicha depende de usted. No sea cruel. Mi amor, mi fortuna y mi vida están á su disposición. Tengo más de millón y medio de pesetas de renta. Hablaremos, y usted verá que la adoro, y yo sólo aspiro á hacerla dichosa. ¿Cuándo? Espero, enamorado, su respuesta. ¡Por Dios, Consuelo, no tarde mucho.—V.»

Lector, permítame que oculte el nombre; lo que no te ocultaré es que el enamorado marqués, en el colmo del ardor amoroso, había escrito aspira con *h*, y verá con *b*.

La señorita Hidalgo había terminado de leer la crónica, y entregándomela exclamaba:

—Muy bien; está muy bien. Claro que, al describir mi persona, fué usted muy galante.

Sonó un timbre, que llamaba á escena.



Consuelo Hidalgo en un gabinete de su casa

FOTS. CAMPÚA

Ya, no. Ya es tarde. Ya el arte me ha envenenado la vida, despertando mi vanidad.

—¿Tiene usted mal genio?

Miró á su madre nuevamente, y rió.

—Algunas veces se me juntan las cejas, y soy así—. Y dió unos golpecitos con los nudillos en el brazo del sofá.— Pero no soy rencorosa.

—¿Es usted feliz?

—Lo sería en este momento de mi vida, si no me inquietase la idea de que mi madre ha de morir. ¿Qué será de mí entonces? Ella es la dueña de mi voluntad, la que me lleva y me trae...

—A propósito. ¿Qué muerte desea usted?

—Morir del corazón. Y así será, porque yo no tengo bien el *chisme* éste.

Y con la mano izquierda se apretó el pecho, acompañándose de un gesto delicioso de víctima.

La señorita Hidalgo es muy mona. Vestía con sencillez de colegiala: un traje gris, media negra de seda transparente y zapato de raso también negro. No llevaba ni una joya, y estaba aromada con el delicioso perfume «rosa de Francia».

LAS NOCHES DE VERONA



—La alondra anuncia el día.
—Canta á la Luna el ruiseñor...
¡Amor, es tiempo todavía
de embriagarse de amor!—

Perfume de infinito, inmaculado
aroma de azahar,
¿quién, en un labio en flor, no te ha aspirado,
bajo la blanca claridad lunar?

Panal de besos, escondido
entre las llamas de un clavel,
¿quién, goja á goja, no ha bebido
la dulzura embriagante de tu miel?

¡Oh, lágrimas de amor... (Poder aun verlas
de aquellos dulces ojos resbalar)!

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



¿quién con vosotras no formó las perlas
más ricas de un romántico collar?

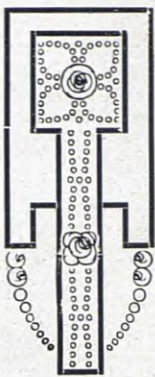
La noche huele á rosas y á jazmín...
Aun trina el ruiseñor en el granado...
Todo está igual en el jardín...
¡Tan sólo tú, poeta, has cambiado!

La escala del deseo
se ve, á la Luna, del balcón colgar...
¡Tan sólo tú jamás, pobre Romeo,
podrás por ella hasta tu amor trepar!

¡Vuelve á tu eterna soledad, poeta!
Da un adiós á tu última ilusión,
¡porque ya nunca volverá Julieta
á esperarte, á la Luna, en el balcón!

Francisco VILLAESPESA

UNA MUJER



Cuando niña, iba al monte con la vaca bermeja. Tenía cuatro ó cinco años. La piel de sus pies se hizo más fuerte que las espigas de los tojos. Alboresaba en su espíritu una difusa consciencia. De aquellos años guardó, durante mucho tiempo, la memoria de un solo sucedido: el animal confiado á su custodia se extravió. Fué mientras ella, encaramada á un cerezo, robaba la fruta apetitosa. Al volver á su casa, la maltrataron, y la puerta se cerró ante ella. «Si no encuentras la vaca, no vuelvas tú.» Era de noche. Vagó por los hondos caminos y por el monte pavoroso. Al principio lloraba. Después tuvo miedo de su propio llanto y calló. Nunca estuvo tan negro el cielo ni la tierra. La desdichada perdióse en la negrura; tembló de susto y de frío. Vió la Estadea, y vió también la figura de un perro luminoso y enorme, grande como un caballo, que pasó brincando ante ella.

Labró las heredades, sufrió la lluvia y el sol y el viento y el pedrisco, como lo sufren, años tras años, los rectos pinos y los robles enanos y llenos de jorobas, como arlequines, del monte que en los ocasos asombraba su choza. Reía poco. Tuvo sus manos encallecidas. La ventura de esta edad moza fué un pañuelo amarillo, de seda, que, roto ya, recordó ella con nostalgia siempre que pasaron ante su puerta las rapazas engalanadas para la misa del domingo.

Se casó. El era un mocetón fuerte y callado. Cuando se sucedieron dos años de malas cosechas partió para la América lejana. Volvió flaco y agrio y sin dinero. Volvió con odio á la labor campesina. Pasaba largas horas en la taberna del lugar; bebía más aguardiente que el viejo gaitero de la parroquia, que era el más fuerte gajnate de toda la feligresía. La mujer hubo de sufrir golpes é injurias. Un día, el carro que guiaba el hombre ebrio pasó sobre él y lo mató. Aquel rostro aplastado, desfigurado, horrible, de tonos rojos y morados y negros se obstinó mucho tiempo en la visión de la mujer.

Sus hijos crecieron. Cuando el mayor fué un

hombre que aliviaba el cuidado de las tierras, lleváronlo á la ciudad. Era preciso que luchase contra los moros. ¿Dónde estaban los moros? ¿Qué hacían los moros? La mujer no lo supo jamás. Muchas cosas había que su cerebro no podía entender. Así como una bruma entorpecía su pensamiento. Sabía apenas cuándo la tierra precisaba agua y cuándo calor del sol. Amaba á Dios á través de un concepto supersticioso; creía en las brujas; exorcizaba los campos de maíz y el ganado con frases aprendidas de sus abuelos. Para ella, el Estado era el recaudador; la civilización, el tren. Temía al recaudador. Odiaba al tren, que le había matado un ternero y le había incendiado la mies madura, en una noche del estío, con las chispas de su respiración demoníaca.

Comió siempre humildes legumbres cocidas, en un cuenco de madera, con una cuchara de boj. Su choza, sin chimenea, se llenaba del humo oloroso de los tojos quemados en el ho-

gar; el lecho era duro y harapientas las ropas que lo cubrían. En el invierno, las ráfagas entraban en la vivienda por más de un resquicio. Cuando la mujer fué muy vieja, no pudo trabajar. Sentábase al sol, con las manos cruzadas en el regazo, y estaba así una hora, otra hora, el día entero. Nunca se supo en qué pensaba. Acaso no pensase en cosa alguna. Más bien, su actitud era la de los animales aldeanos en reposo: esa traza del buey, que parece cavilosa; ese aspecto de los caballos trabados en el monte, que semejan meditar, con la cabeza baja y caída la crin sobre los ojos...

Después no pudo ya salir al sol. Quedábase en un rincón de la choza llena de penumbra. Por último, estuvo tendida en su lecho muchos días, acaso un mes.

Los hijos le hablaban apenas. Durante las largas jornadas, la vieja estaba sola. Por las noches oía, despierta, el ronquido de la prole, fatigada por el trabajo.

Y una tarde, antes de que el sol cayese, murió.

Abrió la boca desdentada, arañó con los sarmientos de sus manos la manta, pareció querer

respirar con fuerza, y murió. No estaba nadie en la choza. Un ratón corría silenciosamente por la ancha piedra del lar...

Enterráronla en el diminuto cementerio, donde es crecida la hierba y donde halla regalo frecuente la hermosa vaca blanquinegra del sacristán. Pasado un mes, nadie recordó á punto fijo el lugar en que yacía. La aldea entera, generación sobre generación, va sumiéndose en aquel trozo de tierra encuadrado por tapias. Y nadie tiene una lápida, ni un cirio, ni una flor. La idea de la muerte está borrosa, como está borrosa la idea de la vida. Se vive un poco más que los árboles, un poco más que los animales pensativos que pacen en el monte... Apenas un poco más... Esta mujer no vivió de otro modo.

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

DIBUJO DE ESTEVE BOTEY

LOS AMIGOS DEL ARTE
MUJERES ESPAÑOLAS



"Doña Isabel la Católica", atribuido anteriormente a Antonio del Rincón (Autor anónimo).—Expositor: S. M. el Rey

EN sus habituales salas de la planta baja del palacio de Bibliotecas y Museos, celebra la Sociedad de Amigos del Arte su séptima Exposición. Coinciden estas exhibiciones organizadas por la admirable Sociedad con los días vernal de Mayo, y dan al Madrid, jarañero y bullicioso de tal mes, una nota de distinción, de belleza noblemente suntuosa, de pretérito señorío estético, muy laudable y deseada.

Hemos elogiado siempre esta anual agrupación de obras artísticas que aristócratas y plutócratas, auxiliados por pintores y



"Doña Catalina Suárez de Figueroa" (Maestro Jorge Inglés).
Expositor: Duque del Infantado

críticos, ofrecen á la curiosidad pública. Salen de palacios y mansiones nobiliarias, se solicitan de centros oficiales ó de conventos y monasterios estas obras, que sólo por este colectivo y bien orientado esfuerzo de unos cuantos hombres de buena voluntad puede conocer la gente, poco amiga, ó imposibilitada, de frecuentar los lugares donde se conservan. Unase á esto la escrupulosa selección, la instalación rica y armoniosa, los magníficos catálogos donde aparecen hermanadas la esplendidez editorial y la documentada cultura, y se comprenderá hasta qué punto estas exhibiciones anuales de la Sociedad Amigos del Arte han llegado á ser uno de los factores más interesantes y positivos en la divulgación de las Bellas Artes en España.

ooo

No como un reproche á las Exposiciones anteriores, sino como un merecido elogio á la actual, ya que ha superado á lo que parecía insuperable, debe hacerse constar que la Exposición de *Retratos de mujeres españolas* es la más selecta y la mejor instalada de cuantas hasta ahora organizaron los Amigos del Arte.

Débase tan felizmente logrado empeño á Aureliano de Beruete y Moret, ilustre crítico de arte, siempre elogiado por nosotros con motivo de sus libros y de su cooperación á toda clase de asuntos artísticos.

Beruete ha decorado las salas con sobriedad y buen gusto. No precisó de mucho para ornato y relieve de los cuadros. No abrumó tampoco las paredes con excesivo número de obras.

Al contrario. Ayuda la disposición de las salas al deleite reposado, sereno, tranquilo, de la contemplación. Suficientemente espaciados los cuadros, pasa la mirada sin fatiga de unos á otros, no dañan la nota brillante, imperiosa, de aquél que vemos sin querer, de éste que admiramos con la plena entrega de nuestras facultades visuales y sensoriales.

Hay salas, por ejemplo, como la de Goya y la que contiene las primeras obras del catálogo, que son verdaderos modelos de instalación.

Beruete ha cubierto la pared de esta última con una arpillera pintada de verde, con leves to-



"Doña Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV" (Bartolomé González y Diego Velázquez).—Expositor: D. R. Traumann

ques de purpurina, y es tal la bella y rica tonalidad obtenida que, además de prestar excelente fondo á los cuadros, sostiene la competencia de los magníficos reposteros que fueron propiedad del duque de Sexto, y que adornan la parte superior del vestíbulo y de esta segunda sala.

ooo

¡Sugestivo el tema elegido por los Amigos del Arte en esta ocasión! La mujer española sonríe altiva ó provocativa en todos los museos del mundo. Los más grandes pintores de todos los siglos la han retratado. Se habla como de tipos



"Dama desconocida" (Juan Pantoja de la Cruz).
Expositor: Duque de Medinaceli



"La marquesa de Casa Pontejas" (Francisco de Goya).
Expositora: Marquesa de Pontejas



“La Tirana” (Francisco de Goya).
Expositor: Duque de Alba

característicos y representativos de toda una época de las infantas de Coello y de Pantoja, de las monjas princesas de Carreño, de las Amazonas de Velázquez, las majas y duquesas de Goya. Dos de los cuadros que más envidiamos los españoles a los Museos extranjeros—¡nosotros, que tenemos la mejor Pinacoteca del mundo!—, son precisamente figuras femeninas: la *Venus*, de Velázquez, que La National Gallery retiene;

La dama de la flor, que en Escocia habla del Greco en el acento melancólicamente apasionado, encaldecido por recónditos fulgores...

«Se ha aspirado—dice Beruete en el interesante prólogo del catálogo—á que este conjunto de retratos fuera, á un mismo tiempo que una Exposición de Arte, una muestra variada del tipo femenino de nuestro país, la mujer española de siempre, fina, torneada, grácil, de extremidades pequeñas, como todo su cuerpo, y que, á falta de una proporción perfecta de líneas, la gracia de sus movimientos y lo franco y expresivo de su mirada, le hacen figurar como uno de los tipos definidos y más seductores de belleza femenina.

»De épocas diferentes, representadas en edades distintas, bellas muchas, pero no todas, cual es la realidad, presentamos sus imágenes—en las que se eternizó, por manos de artista, el encanto é interés efímero de un día—como un ramillete de flores que no se marchitan y que se abrieron á la luz en el solar patrio, en épocas diversas. Al contemplarlas hoy, cada una nos dice de la suya, y su mirada y su gesto y su expresión y su apostura y su indumentaria, y hasta los detalles que les adornan, todo contribuye á hacer cumplida la evocación que sugieren y á determinar un ensueño de cariño, de ideal y de amor hacia las hembras de la raza.»

□□□

Cerca de cuatro siglos de vida española son evocados por los sesenta y un retratos elegidos por el Sr. Beruete en las colecciones particula-

res de aristócratas españoles. Comienza la evocación de mujeres españolas en Doña Catalina Suárez de Figueroa, esposa del poeta marqués de las «Serranillas y decires», retratada por Jorge el Inglés en el famoso retablo de Buitrago, y termina en Doña Leocadia Zamora y Quesada, retratada por Madrazo (1).

Entre la dama cuya hermosura cantó el marqués de Santillana en las hijas de ambos, con estas palabras:

«Frentes claras é lucientes,
las cejas en arco alzadas,
las narices afiladas,
chica boca é blancos dientes,
ojos prietos é rientes,
las mejillas como rosas,
gargantas maravillosas,
altas, lindas, al mi grado»,

y la dama que luego de ostentar belleza é ingenio en los festivos cortesanos del tiempo de Isabel II, acabó sus días en un convento de Carmelitas fundado por ella, hay una serie de mujeres que pintores españoles inmortalizaron.

Sucesivamente se irá hablando en estas páginas de todos estos retratos. El presente artículo no es más que simple prologuillo de los que habrán de consagrarse en próximos números á las obras de Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, Bartolomé González, Zurbarán, Carreño de Miranda, Vicente López, Alenza—¡oh este portentoso lienzo, donde una humilde conserje del Museo del Prado inspira tan alto interés como las orgullosas infantas y las marquesas altivas!—Gutiérrez de la Vega, Antonio María Esquivel y D. Federico de Madrazo.

(1) Véase el número 53 de LA ESFERA (Enero 1915).



“Doña Dionisia de Salas y Boxados” (Vicente López).
Expositor: Marqués de la Romana

Y, especialmente, Goya, del que se exponen en sala aparte cinco joyas de incalculable valor y precio: *La marquesa de Lazán*, *La duquesa de Alba*, *La marquesa de Casa Pontejos*, *La duquesa de Abrantes*, y, sobre todo, *La Tirana*, que es uno de los más bellos retratos de toda la pintura española y de los más representativos que pueda darse de la mujer de nuestra raza.

SILVIO LAGO

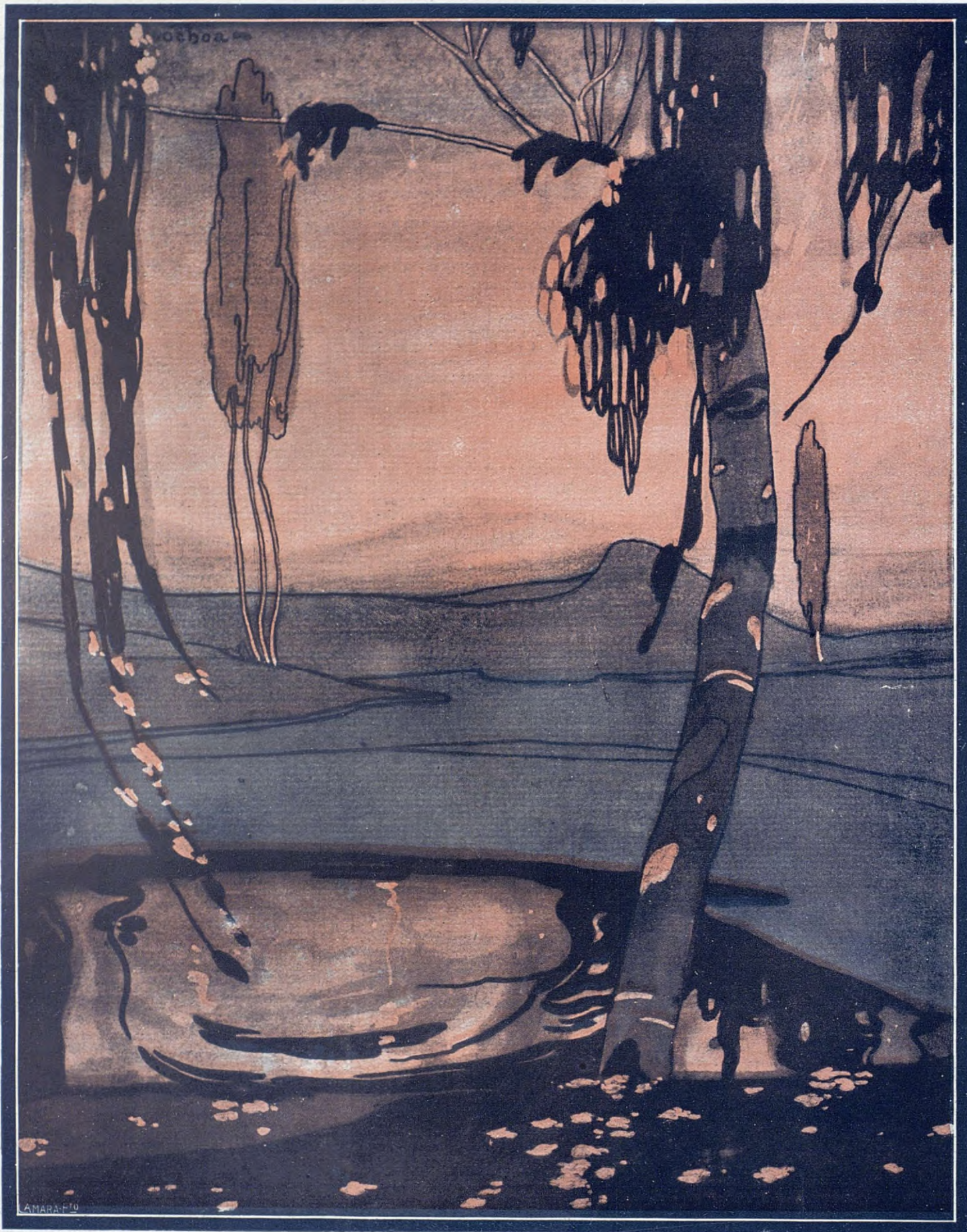


“La marquesa de Lazán” (Francisco de Goya).
Expositor: Duque de Alba



“Doña Leocadia de Zamora y Quesada” (Federico de Madrazo).
Expositora: Condesa viuda de Peñalver

CREPÚSCULO



A la manera de Van Grieg

Muere el sol. Sobre la alberca de aguas verdes, el lucero de la tarde pone el brillo de una lágrima de oro.

De azul pálido es el cielo, y, en la plácida llanura, yérguense, tristes, los álamos, mustio el verde de sus hojas.

Manso, el río llora un lento salmodiar de viejas preces, mientras sube de sus ondas un vapor de vagas brumas.

Ladra un perro. En la alquer por la blanca chimenea, fría, sale el humo de la llama como un haz de albos vellones.

Un rebaño, que va en busca de su aprisco, da á los ecos de la tarde sin rumores la dulzura de una esquila.

A lo lejos, las montañas pierden formas, se difuman, y son manchas incorpóreas de un matiz suave violeta.

En la cúspide de un álamo tañe el ritmo de su flauta monorrítmica un mochuelo, con intervalos iguales

Y, redondo, por Oriente, junto el arco de sus cejas como aquel que atento mira, surge el rostro de la luna.

Fernando LÓPEZ MARTÍN



Bandeja repujada



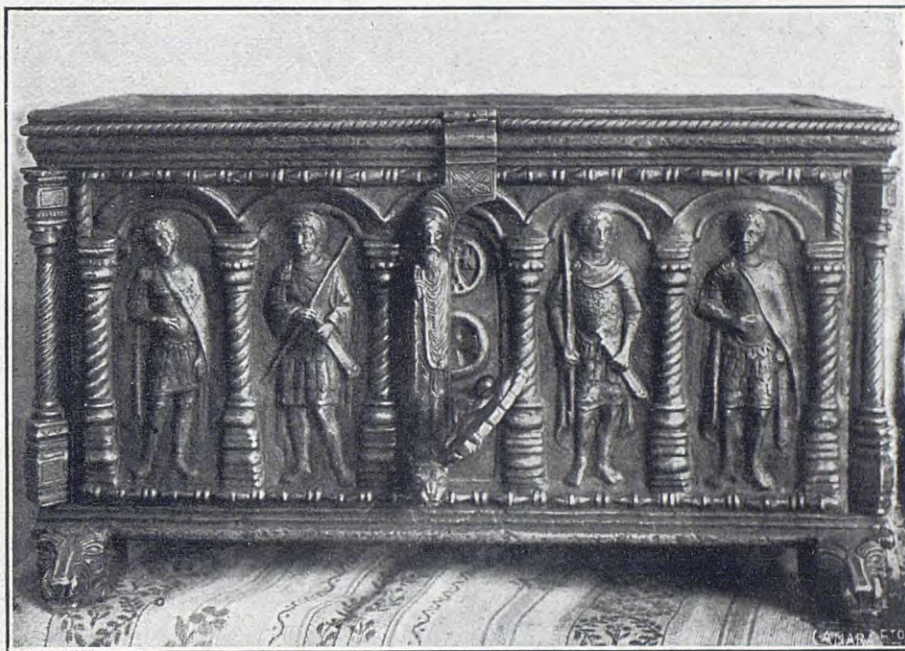
JUAN JOSÉ
Artista rejero y cincelador



Plato repujado

A cada nuevo *Salón de Humoristas*—esta serie de Exposiciones que tan triunfalmente se han impuesto, á pesar de los gritos y crispaciones biliosas de algunos zoiolos—surgen artistas nuevos.

Cupo al *IV Salón de Humoristas* el honor de revelar á este orfebre Juan José, que ahora ha expuesto en el Círculo de Bellas Artes varios objetos de hierro, cobre y bronce repujados con hábil maestría. Juan José presentó en el *Salón de Humoristas* una serie de estampas muy bellas, evocadoras de bíblicas escenas y de galantes paganas. Véase en ellas el dibujante experto y el colorista pródigo en gamas ricas y brillantes. Al grupo de ilustradores editoriales, de cartelistas, de estampistas que ahora existe en España venía á unirse este Juan José, ignorado ayer y destinado á indudables y legítimas victorias. Es, en efecto, un artista decorador con excelentes condiciones de retina y



Arqueta

(Obras repujadas y cinceladas por Juan José)

terescas, hachones y lámparas góticas y visigóticas, medallas renacentistas...

Desligado de ancestrales influencias, libertado de una obsesión arcaizante que todavía es demasiado manifiesta, no solamente en la elección de temas y de formas clásicas, Juan José empezará muy pronto á realizar una labor personal.

Así parece indicarlo ese admirable retrato de hierro repujado y la bellísima cubierta de libro, donde desenvuelve tres orientales temas: persa en el anverso, japonés en el reverso y árabe en el lomo.

Y, desde luego, con ser muy importante esta labor futura y personalísima del artista, aun quisiéramos nosotros hacerla más útil.

Imaginamos que el notable orfebre debía incorporar su talento á la obra nacional de renovación de nuestra patria, pasando desde su humilde taller de la calle de Eguilaz á una escuela del Estado.



Virgen

de sensibilidad. Destacaban del conjunto espléndido del *IV Salón de Humoristas* aquellas páginas tituladas *Salambó*, *Virgilio y Beatriz*, *La bella Saravasti*, *Cleopatra*, *La tentación de San Antonio*. A esta serie de dibujos pertenecen también *La tentación de Margarita* y *El pájaro de fuego*, que publicamos hoy en LA ESFERA.

Pero había otro aspecto más interesante en Juan José, y eran los marcos que enjocaban las sutiles coloraciones de los dibujos, como esos cincelados anillos donde se engasta una gema de inferior valor y mérito al trabajado metal que la realza.

Reproducía el uno arcaica reja de española traza; seguía éste los sutiles arabescos de oriental estilo, y sugería aquél la recia y austera energía de los siglos bárbaramente suntuosos.

Nos hallábamos, por lo tanto, en presencia de un orfebre que llegaba al repujado y cincelado de los metales, no como un artesano que progresa en su oficio, sino como un artista que prolonga á otros procedimientos la cultura estética y el dominio técnico. Se adivinaba que Juan José, como el Pisanello, había cimentado antes en las decoraciones pictóricas, en los relieves escultóricos, su arte definitivo.

ooo

En el Salón del Círculo de Bellas Artes, entre las sensuales y fastuosas cerámicas de Daniel de Zuloaga, y los paisajes blandos, suaves, acariciadores con que Francisco Llorens hace amar la galaica tierra, Juan José habla con el acento bravo de otras épocas. Son sus obras arquetas románticas y bizantinas, bandejas pla-



Retrato



PASABA la luz á través de la leyenda inmovilizada y policroma de la vidriera. Era de sol y encaldecía con rutilancias de esmalte el irreal paisaje, el quimérico pájaro, el soñado príncipe que preparaba el arco y elegía su azagaya en eurítmica actitud. Era de luna, y toda la escena adquiría un vago fulgor de sueño lejano, inaccesible. Además los muebles, los rostros, los ademanes, incluso las palabras, estaban como húmedas del divino baño multicolor. Detenia la mirada, hechizándola, aquel ventanal donde la vida terminaba y surgía la ilusión. Se acostumbró á verle con gradaciones ascendentes de curiosidad, inquietud, amor y melancolía, por fin. Muy niña era, y ya se le mostraban como ilustración de ingenuas y maravillosas narraciones infantiles; adolescente después, buscó en la figura de una raza sin mezcla que el príncipe tenía, el posible novio, y pensó que su alma era como el pájaro fulgente, del vuelo bajo, dramático. Luego había de contemplarle como un retrato de la silueta no vista, pero incrustada, engarzada más bien, en el fondo de ella misma.

Una tarde se abrió la vidriera como si fuera un libro que se cerrase para cambiar la ficción en episodio real. A ambos lados se cubrieron de sombra el príncipe cazador, la comarca florida con sus nubes de glorificación, se apagó el pájaro de fuego. Ella miraba el campo extenso y libre; el cielo diáfano, horro de nubes, la atmósfera que olía á primavera y sonaba á cánticos del agro. Tuvo el presentimiento súbito de una

revelación suprema. Acaso factibles en la vida de hoy hechicerías de cuentos de hadas. Estremeciendo el aire encalmado de la tarde con rumor de lonas, hierros, cordajes y zumbidos del motor venía un aeroplano. El sol le daba calideces rubicundas y sangrientas. Ardía sin humo, como el pájaro de la vidriera romancesca. Era otro pájaro de fuego, y dentro de él, su dominador, otro príncipe de lueñas tierras. No tenía las orientales vestiduras, pero sí el esforzado ánimo de la figura inmovilizada en un acorde armonioso de rítmicas cadencias. Pero vencieron ambos al ensueño, realizándole en sí mismo. Rápida se inició la lentitud apasionada de aquel amor. No volvió á cerrarse la vidriera como un libro que abriese el deseo de olvidar en la ficción la triste vida. En el ventanal abierto á los vientos, al cielo y á las voces campesinas, los amantes se buscaban mutuamente la mirada y los labios. La guerra se llevó el pájaro de lonas, hierro, maderas, cordajes y corazón de fuego. Dentro del pájaro, el príncipe aviador, que substituyó al príncipe cazador. La vidriera seguía abierta á las voces fatales. Lejos, un día, el pájaro de fuego fué herido, se inflamó todo él, y en sus llamas crepitantes ardió el amado. Entonces cerró ella la vidriera para siempre. Sus ojos tornaron á contemplar sin redención el príncipe oriental preparando su arco, buscando otra azagaya con que abatir el pájaro del vuelo bajo, dramático, herido en medio del paisaje florido con su volcán de nubes gloriosas.—José FRANCÉS.

DIBUJO ORIGINAL DE JUAN JOSÉ

PIANISTAS
ESPAÑOLES

JOSÉ CUBILES

La sensibilidad y elegancia que raramente encontramos en otros pianistas; la cualidad excepcional de la sonoridad que obtiene en cada obra que interpreta, según la expresión que exige su carácter y estilo; inteligencia musical y un sentido justo del matiz, que le permite producir una variedad de deliciosos timbres, son, entre otras, las cualidades salientes del temperamento del joven pianista José Cubiles, á quien el público admira, no sólo por su talento de intérprete, sino por la simpatía que inspira su persona, de una ingenuidad infantil.

Si en algún momento se nota en Cubiles un poco de blandura en su técnica, es porque así lo exige la naturaleza del pasaje, no por falta de vigor, de fuerza. Su arte (reflejo del que ha distinguido á su profesora, la eminente artista Pilar F. de la Mora) se caracteriza también por el interés artístico del claroscuro, por el ritmo, el acento y la expresión; por el aplomo con que toca el piano, sin nunca abusar del rubato, y empleando con talento y discreción los pedales, que son los pulmones del instrumento.

Hay pianistas que no sobresalen más que por una nota especial: la de la fuerza (aporreamiento del piano), la agilidad (vértigo de la velocidad), ó bien por la dulzura (amerengamiento). José Cubiles funde las tres en un todo armónico, en el que gracia y equilibrio son, en síntesis, el encanto de sus interpretaciones.

Tiene Cubiles tan pocos años, que su historia artística es tan breve como brillante.

Nació en Cádiz en 1894. Los primeros estudios de solfeo y los elementales de piano los hizo con D. Rafael Tomaseti, director que fué del Conservatorio de Santa Cecilia. Sus padres quisieron dedicarle á otros estudios; pero las manifestaciones artísticas de Cubiles, y su entusiasmo y vocación por el piano fueron tan decididos (á los tres años ya tocaba el piano), que tomaron la determinación de seguir las inclinaciones del futuro artista.

A los doce años se trasladó á Madrid para estudiar en serio la música, matriculándose en el Conservatorio y bajo la dirección de la insigne profesora Pilar F. de la Mora, que ha sido, no sólo la que ha formado artísticamente á uno de sus más notables discípulos, al de su predilección, sino que, como una segunda madre, le ha prodigado toda clase de consejos y delicadas atenciones, haciéndole artista y hombre, y para quien tiene Cubiles adoración ferviente y eterna gratitud.

Pensionado por S. A. R. la Infanta Doña Isabel, y después de obtener el primer premio en el Conservatorio, de ganar otro premio del Círculo de Bellas Artes y el extraordinario Estela, marchó á París, en cuyo Conservatorio, y en la clase de Diemer, obtuvo el primer premio y la recompensa de un magnífico piano Pleyel.

Desde hace poco tiempo es profesor de piano, por oposición, del Conservatorio de Madrid.

Cubiles ha tocado en el palacio de la Infanta



JOSÉ CUBILES

Isabel, en los domicilios de Bordas y Arbós (en los que se ejecuta música selecta), en la Embajada inglesa y en otros salones aristocráticos; en las Filarmónicas más importantes de España, con el trío que lleva su nombre; varias veces en el Gran Casino de San Sebastián, y en el Teatro Real con la Orquesta Sinfónica, donde estrenó, hace tres años, *Los nocturnos*, de Falla, interpretando la parte de piano de la bellísima obra del insigne compositor español.

Recientemente ha tocado con la Sinfónica el «Concierto», de Bach para violín, flauta y piano, con acompañamiento de cuarteto de arco, señalado con el número 18 de la edición Bach-Gesellschaft, obteniendo un ruidoso triunfo, pues tuvo que tocar, á petición del auditorio, la *Marcha militar*, de Schubert-Tausig. También ha tocado estos días en la Nacional dos sonatas clásicas: la de Weber, en *do mayor*, y la de Schubert, en *si bemol*, tan hermosas como poco conocidas. Mendelssohn, Weber, Schubert y Hummel son cuatro autores que los pianistas tienen en un olvido incomprensible.

La estancia en París de Cubiles constituyó para nuestro gran pianista una serie de triunfos artísticos muy halagüeños. Tomó parte en varios conciertos celebrados en las salas Erard, Gaveau y Pleyel. Pero las sesiones para él inolvidables fueron las que se verificaron en la casa de su profesor Diemer (para quien conserva un afecto grande), con ocasión de celebrar el LXX aniversario del nacimiento del célebre profesor del Conservatorio de París, y, otra vez, en una comida celebrada en honor de Sarasate, á la que

asistieron Berta Max de Goldshmidt, la famosa cantante Litwine y otros artistas conocidos, donde fué elogiadísimo el joven artista gaditano.

En París tuvo amistad, entre otros artistas conocidos, con Quiroga y con la Napierkowska, á quien acompañó, en un concierto á beneficio de los armenios, algunas obras de Debussy, bailadas por la genial artista rusa.

Al estallar la guerra europea salió Cubiles de París, pasando unos días en la suntuosa finca del señor Xifre, en Saint-Moritz, cerca de la Suiza italiana, donde hizo deliciosas excursiones alpinistas (pues es un admirador del paisaje), visitando después Génova y Milán.

Cubiles siente admiración por los clásicos Bach y Beethoven, por los románticos Schumann y Chopin, y, como se interesa por el progreso del arte musical, conoce y aprecia los modernos, siempre en un plano relativo, y dándoles el valor que tienen en el arte actual, sin exagerar su importancia con relación á los grandes maestros de la literatura pianística.

Wagner, Brahms y Strauss le gustan mucho. Albéniz, Granados y Falla son, entre los españoles, los autores de su predilección.

De las grandes figuras del piano, admira á Cortot, Rislér, Backaus (un pianista muy interesante que oyó en París), Stefanai, y, sobre

todos, á Arturo Rubinstein, el artista que le ha producido más intensa emoción, y con quien le une estrecha amistad.

José Cubiles, como es un artista de emoción, que tiene el don de dar cierto encanto á las obras que interpreta, siempre respetuoso con el pensamiento del compositor, la cualidad que más aprecia en un pianista es la expresión, sin dejar de comprender que la técnica, que considera como el medio, es indispensable y necesaria para dominar las obras trascendentales del piano.

A Cubiles le gustan mucho los conciertos con orquesta. Antes de venir á Madrid había tocado en Cádiz el concierto en *sol*, de Mendelssohn; después ha tocado, entre otras obras, las «Variaciones sinfónicas», de Franck; el «Triple concierto», de Beethoven, para violín, violoncello y piano, y, recientemente, el «Concierto», para violín, flauta y piano, de Bach.

La última vez que tocó en la Sociedad Filarmónica (31 de Marzo de 1916) coincidió con la noticia de la trágica muerte de Granados.

En el mismo momento en que iba á interpretar la danza núm. 10 en *sol mayor*, se enteró Cubiles del fatal suceso, comunicando la emoción que estaba poseído al auditorio, que, impresionado, le hizo una calurosísima ovación.

Tales son, señalados á grandes rasgos, los hechos más salientes de la vida artística de uno de nuestros mejores concertistas de piano, á quien le está reservado un brillante porvenir.

ROGELIO VILLAR

CUADROS CÉLEBRES



LA VIRGEN Y EL NIÑO

Cuadro de Van der Goes, que se conserva en la Galería Corsini, de Florencia

VIAJANDO POR ESPAÑA
ANTE LA CERES DE MÉRIDA

«Una raza es, ante todo, un molde de educación moral.»

Renan.

BENDITAS sean las manos que, en las excavaciones de la Emérita Augusta, hallaron, entre los escombros del teatro de Marco Agripa, esta divina estatua. He rogado al llavero del humildísimo museo me dejara solo delante de ella. Y, mirándola, he bendecido cien veces á Mérida, nuestro Schliemann, nuestro Winchelmann, á uno de los escasos sabios de esa incomparable ciencia de la azada que surgieron en nuestra pobre España. ¿Cómo rehacer toda nuestra historia sin estos hallazgos? Ahora que buscamos en las entrañas del iberismo el secreto de nuestra raza, qué pena causa en el alma no poseer sino escasos restos de aquellas civilizaciones remotas, la esfinge de Balazote, el león de Bocairente, la dama de Elche, los toros de los hitos, los simulacros de las piedras términos, las figurillas del cerro de los Santos, la Antefixa de Clunia, la estatuilla de Trieda, la Minerva del cerro Muriano, los bustos de Espejo y Osuna, las maravillas de Itálica... Es ante esta Ceres de Mérida cuando se llora pertenecer á un país tan mísero, tan fuera de sus intereses, que no cultiva el fuerte deseo de saber cómo éramos un día. Subvenciones ridículas, miserables monedas otorgadas á tales trabajos. Así, ¿qué libro nuestro—comparable al *Ilios* ó al *Micenas*, de Schliemann—acerca de nuestros aborígenes? Esta misma Ceres, portentosa resurrección del tiempo de Adriano, se ha almacenado entre interesantes pero pobres vestigios, en misérrima habitación. La luz escasa destaca uno de los costados de la estatua encantadora y poderosa á un tiempo. En esa penumbra el efecto es irresistible; los ojos no se hartan de mirar. ¿Qué misterio posee que, recordando á la memoria sentimental la Demeter de Cnido del Museo Británico, la emoción producida es la de una efigie toda nuestra, la de una hembra ibera? Todo en ella nos habla de Grecia, de la Grecia de Scopas, de un escultor romano que hiciera vigorosa la gracia del maestro de Paros, y, sin embargo, parece una creación ibérica, una escultura á la que sirviera de modelo alguna de las extremeñas, descendientes de las bravas trashumantes de Gerión. Es muy bella; su ideal rostro es de una augusta serenidad. En el *Tesoro de las antigüedades griegas*, Gronovio nos ha descrito millares de caras semejantes; en su *Arqueología romana*, Martha nos ha enseñado cómo los latinos transformaron esas líneas deliciosas; pero el ánimo recuerda ante ella nuestras fábulas inexploradas exactas en su substancia, y á través de la *Filosofía secreta*, de Moya, ve á Silo Itálico, á Diódoro, á Estrabón, Avieno, Plinio... Hay en ese rostro mutilado y, sobre todo, en ese cuerpo, algo que es, esencialmente, español. Cuanto más se la mira más se convence el espíritu de la presencia en esa imagen de valores nuestros nativos. ¿Es que la dulzura de esos labios los vimos alguna vez en la austeridad imponente con que los romanos se imaginaban la boca de sus dioses? Sólo en los sigilares latinos y los coroplastas helenos gustamos la delicadeza graciosa, la intimidad, el no sé qué cariñoso y doméstico que, como en sus tanagras y modelillos de alfar, posee esta mujer. Mujer y no diosa se nos ocurre que es. Embelesado el corazón con este encuentro se entrega á su idea de que el anónimo escultor no pudo vencer con sus conceptos teogónicos, con su alma toda impregnada en la mitología de la Grecia antigua, la poderosa feminidad de la mujer ibera que le sirvió de modelo. Sin duda, representa la madre de Cora, arrebatada por el dios tenebroso; los misterios de Eleusis justifican haberla encontrado en los



Estatua de Ceres, hallada en las excavaciones de Mérida

intercolumnios del escenario; mas lo que enamora en ella precisamente es la rebeldía de ese mármol á ser dominado por completo, á ser envuelto por el simbolismo de la divinidad. Es como un triunfo de la vida sobre un rito tradicional de la fe rigurosa, no ya sólo de los helenos en los tiempos de sus guerras médicas, sino de la convencional religiosidad romana también.

ooo

En la soledad de este museo liviano la Ceres llega íntegra al alma. Aquella boca entreabierta respira aún; los grandes ojos iberos ven todavía. Los brazos, desprendidos más abajo de los codos, descubren las formas que se muestran libres, francas y limpias de toda otra expresión

que no sea la de su propia belleza. Nada semejante á la sobriedad de aquellos pliegues del himatión, de la estola, que no se atreven á velar la curva del vientre. La blandura del modelado, la castidad orgullosa, la posibilidad fecunda de ese vientre de madre se funden sin violencia en un abandono tranquilo. La diosa ha desaparecido en la abundancia de la mujer, y la mujer en la generosidad de la madre. Y de esa generosidad brota como una reserva inexplicable que aleja del alma tanto la idea de pudor como el sentimiento de la conciencia de su feminidad. Hasta hay en aquel cingulo, que sujeta bajo los senos la túnica, no sé qué de descuido casero del que sólo la línea ruda y valiente del busto es capaz de distraer á nuestra alma. Es inútil querer fijar en el espíritu tanto detalle, sencillamente porque todos ellos forman un conjunto claro y simple. La pella cae sobre los hombros con la modestia y la seducción de una mantela castellana; las mangas están abrochadas con pequeños *clavus* sobre el antebrazo; el tocado, sin infulas, es ese aderezo del cabello que deja caer libres las trenzas sobre el cuello y por el pecho, que Dioclearco testimoniará ser invención de las beocias y tebanas... Los ojos miran, no obstante, el conjunto, la afirmación rotunda de aquel cuerpo bajo el finísimo lienzo, la suave serenidad del rostro encantado, que en vano quiere ser grave y solemne. Cuando la mirada descansa al fin en aquel pie calzado con sandalia, pie digno de tal cuerpo, ancho y perfecto, dan ganas de rezar ante ella esas oraciones á la belleza y á la raza que la palabra interior inspira á los que aman estas cosas. ¿Por qué no tendrán altas estas obras arrancadas á la destrucción y al tiempo? He ahí el verdadero patriotismo, el sano: librar del anónimo obras como ésta, llamarse Mérida, Thomas, Maspero, Olfrido Müller, Tiersch...; remover el querido suelo que guarda, avaro, tanto tesoro, para ver si nos entendemos al fin y nos enteramos de lo que fuimos, única manera de indagar lo que seremos. Tanto y tanto alabar el tiempo pasado. ¿Y qué sabemos de él? ¿Qué museos espléndidos nos muestran el resultado de investigaciones científicas, audaces, ordenadas con pingües dineros, sin reparar en gastos?

Hasta los que más se distinguieron en su culto profundo á lo pasado, hasta los mismos que hicieron del amor y cultura de su Patria algo intransigente y furibundo, confesaron que nada sabían.

Menéndez y Pelayo habla de incompetencia en tales materias. Entristece leer á los mismos especialistas, á Larramendi, á Tamayo de Vargas, Fernández y González, Alemany, Blázquez, Hinojosa, Delgado, Astarloa...

ooo

Es aquí, delante de la Ceres de Mérida, donde el alma quisiera poseer el optimismo de los que llegaron á conocer su raza. ¿Qué moralidad nacional podrá tener toda obra que no nutra sus raíces en esos limos?

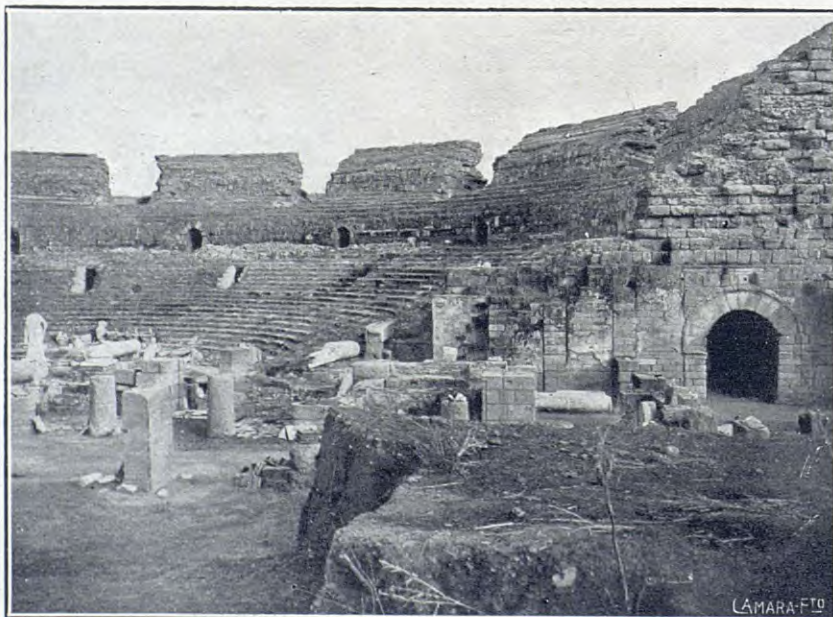
Poco importan los siglos que todos han estudiado con fastidiosa prolijidad.

Los niños siguen aprendiendo en las escuelas nada menos que el nombre del primer poblador de España, ó sea Túbal, hijo de Japhet y nieto de Noé...

Los grandes no saben una palabra; los siglos cuyo estudio nos interesa más, están en las tinieblas más densas; no poseemos para ilustrarnos sino pesadísimos comentarios á Diódoro Sículo, Estrabón, Tito Livio, Lucio Floro, Mela...

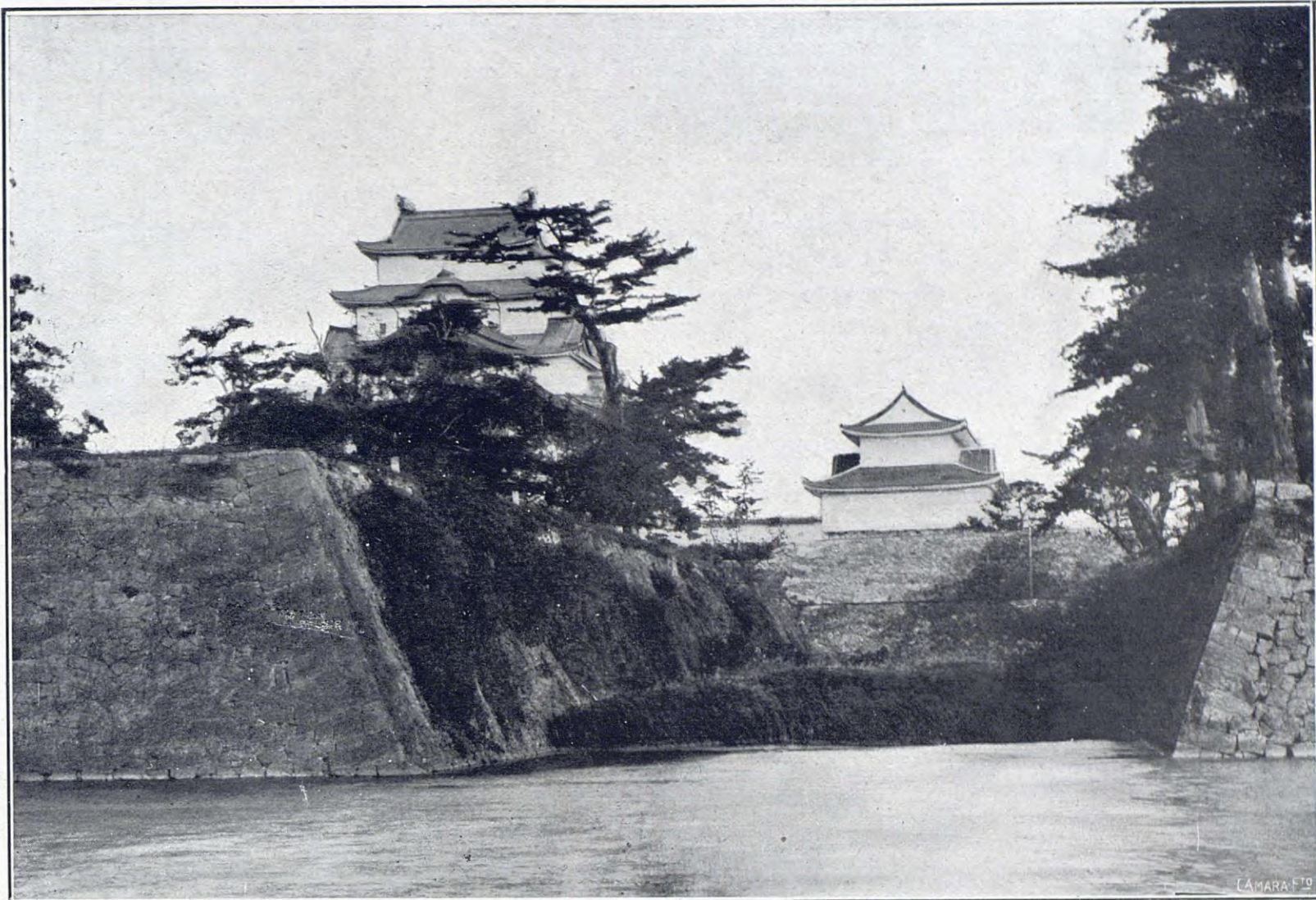
Poco más ó menos, nos andamos como en tiempos de Merula, Cluverio, Casaubon...

EUGENIO NOEL



Teatro romano de Mérida, donde ha sido hallada la estatua de Ceres

FOT. HIELSCHER



LA ESFINGE AMARILLA

MISTERIO DE HOY, AMENAZA PARA MAÑANA...

A manera de prólogo

COMPROMETIDA por la rivalidad que alzaba, uno contra otro, al navalismo inglés y al militarismo alemán—entrambos movidos por una misma ambición de hegemonía comercial sobre el mundo—, la vida de Europa durante los años que precedieron al cataclismo actual estuvo, día tras día y hora tras hora, pendiente de un azar...

Era como si dos hombres enemistados á muerte y enfrentados en el campo imaginaran, para dar la señal del combate, colocar una estatua, una figurilla de Sèvres, dentro de una jaula llena de monos, y convinieran en cruzar los primeros disparos así que resonara el lamento del «bibelot» al estrellarse, lanzado por un simio inconsciente, contra el suelo del jaulón.

La estatuilla de fino Sèvres era la paz universal, y los monos que jugaban con ella eran los pueblos de los Balkanes, esos pueblos que en sus guerras nos dieron muestras de un salvajismo tenido por insuperable hasta 1914... De entonces acá, como dicen en Francia, *il y a mieux...* La barbarie, servida por la ciencia, nos asombró con sus progresos.

Y así hoy, al cabo de cuatro años de guerra, cuando los muertos se cuentan por millones, y por miles de millones los estragos, sin que haya cifra capaz de medir los crímenes y las iniquidades, he aquí, entablada en Francia, la gran batalla que se estima decisiva, porque de ella saldrá el destino de los ejércitos... ¡Como si fueran las armas, y no las ideas, quienes, á la postre, gobernarán á los hombres!... ¡Como si la Historia no nos mostrara la ruina de los más firmes poderíos alzados con labor del hierro, así que á ellos se opuso la fuerza invencible de un ideal verdadero, de un ideal humano...!

Por desgracia, no se columbra ese ideal ni del lado de acá, ni del lado de allá del inmenso osea-

rio que desde el Mar del Norte hasta el Adriático labran los cañones de uno y de otro bando; y ni esta batalla, por mucho que decida, será decisiva, ni esta guerra, por mucho que haya costado, será la última guerra...

Tal vez la próxima no sea para fecha muy remota, y quizá el Extremo-Oriente guarde el secreto de las futuras hecatombes, si es que no guarda también, para prevenirlas y evitarlas, el secreto de ese ideal que nos falta á nosotros los nombres de Occidente.



Los emperadores del Japón

El problema del Trans-Siberiano

Conforme á los deseos y á los proyectos de los actuales Gobiernos de Francia y de Inglaterra, la intervención japonesa en Siberia había de llevarse á cabo conforme al plan siguiente:

- 1.º Desembarco en Vladivostok, é incautación de la línea que va desde este puerto hasta Khabarovka, á orillas del río Amor.
- 2.º Ocupación, por un ejército japonés y por un ejército chino, de la línea del ferrocarril Trans-Manchuriano que va desde Vladivostok hasta Khabine.
- 3.º Organización de un ejército chino, mandado por oficiales japoneses, para marchar desde Urga hasta Kiakhta, cubriendo la región al sudeste del lago Baikal.

Tenía, por lo tanto, esta vasta maniobra un solo objeto: coger entre dos fuegos á los elementos alemanes (antiguos prisioneros de guerra liberados y armados) y á los bolchevistas rusos que intentasen hacerse dueños del Trans-Siberiano oriental y de las enormes cantidades de armas, equipos y municiones, acumuladas en Vladivostok por japoneses y norteamericanos, con destino al antiguo ejército ruso.

Por ahora, la acción japonesa se ha limitado á este último extremo; es decir, á la guardia de los depósitos de Vladivostok, defraudando así las esperanzas de una intervención más eficaz, abrigadas por Inglaterra y por Francia.

Antes de hacer hipótesis acerca de las



Paisaje japonés

razones que hayan podido detener ó aplazar la maniobra chino-japonesa en Siberia, conviene un breve examen retrospectivo de la historia y del valor del ferrocarril Trans-Siberiano, de modo á poder deducir la importancia actual de esta vía gigantesca abandonada á merced de la iniciativa alemana por la falta de inteligencia y por la mutua desconfianza que existe entre los Gobiernos de la «Entente».

La obra del Trans-Siberiano se debió á la iniciativa del infortunado zar Nicolás II, y dió comienzo en 1895.

El primitivo proyecto difería bastante del trazado que en definitiva se adoptó. La línea debía, en efecto, empalmar con la red europea sobre la vía Moscú-Sámara, pasar por Omsk, Tomsk é Irkoutsk, salvar, sobre un puente, la parte sur del lago Baikal, seguir por los valles del Chilká



y del Amor, y, en fin, llegar á Vladivostok por Khabarovka, costeando el mar del Japón. Ateniéndose á este proyecto inicial, hubieran los ingenieros construído una línea exclusivamente rusa y siberiana, y, tal vez, con ello se hubieran modificado los destinos de Rusia y la historia del mundo. Pero por motivos políticos y económicos hubo de modificarse este plan, y abandonando la senda natural ofrecida por los valles arriba indicados, fuése la vía del Trans-Siberiano á cruzar las llanuras de la Manchuria por territorio chino, para empal-

mar, en Kharbine, con el Trans-Manchuriano que llega á Pekín, y continuar luego, en línea recta, hasta Vladivostok.

Este nuevo itinerario, por ser más breve, ahorró la construcción de un millar de kilómetros que de más contaba la vía del trazado primitivo. Pero, en cambio, al determinar una preponderancia de la influencia rusa en Pekín, y despertar por ende los recelos japoneses, la nueva recta señalada al Trans-Siberiano hizo inevitable la guerra entre el Imperio moscovita y el del Sol Naciente. Vencida, Rusia perdió la línea del Trans-Manchuriano y la plaza de Puerto-Arturo, término de esa línea.

Construído por soldados, y gracias á la enorme economía de mano de obra que esta circunstancia permitió, el Trans-Siberiano no costó arriba de cuatrocientos treinta millones de rublos. Y, en cambio—á pesar de ser una línea puramente estratégica—, su importancia comercial se desarrolló de tal modo y con tanta rapidez, que en 1905, ó sea un año después de su inauguración, transportó á millón y medio de viajeros—sin contar una cifra enorme de soldados—y cerca de siete mil toneladas de mercancías. En ese mismo año, los ingresos del Trans-Siberiano se elevaron á la cifra de veinticinco millones de rublos.

En los días que precedieron á la guerra actual, la prosperidad del Trans-Siberiano se traducía por cifras fabulosas: veinte millones de viajeros y doce mil toneladas de mercancías por año.

Añádase á esto la circunstancia de cruzar esta línea una extensión de *doce mil ochocientos kilómetros*, al través de las zonas más ricas de la Rusia asiática, por bosques inestimables y sobre terrenos que abundan en minas de hierro, cobre y oro no explotadas aún; y si se tiene en cuenta que el Trans-Siberiano es la vía del comercio entre Europa y el Extremo-Oriente, y que esta vía permite hacer en seis días el viaje que por el Canal de Suez requiere seis semanas, se tendrá

clara idea del enorme y decisivo interés que tal obra ha de tener para los dos grupos de pueblo; que actualmente se disputan el dominio comercial del mundo, y también—y esta es la clave del porvenir—para ese otro grupo de pueblos asiáticos ligados á la «Entente» por alianzas más aparentes que reales, y decididos á no desaprovechar la ocasión que les brinda el agotamiento efectivo de Europa y la posible bancarrota de América, para encontrar, al fin, «su hora»...

El Japón y Norte-América

—Acaparadas por la fabricación de guerra, las industrias francesa é inglesa no existen ya, de hecho, y habrán menester de una reorganización completa, que en cierto modo ha de ser lenta, durante los primeros años de la paz.

En mejor postura, la industria alemana—sostenida, á pesar de la guerra, merced á un prodigio de laboriosidad y de energía previsoras—, aparecerá de nuevo en los mercados del mundo en que la hora misma en que la contienda llegue á su fin. Pero esa aparición más valdrá como fe de vida que como efectivo dominio comercial. La ocasión ha de ser única, por lo tanto, para los pueblos que aspiran á ese dominio: los Estados Unidos y el Japón. Hasta hace un año, ambos luchaban en abierta concurrencia, puestas sus ambiciones en el mismo fin. Uno y otro quedaban, por de-





Barcas pesqueras japonesas

cirlo así, al margen de la guerra, que los alcanzaba tan sólo para enriquecerlos; y, rápidamente, con los sillares de la Europa en ruinas, alzaban á una y otra orilla del Pacífico dos edificios de incommensurable grandeza, que llevaban trazas de ser también, enfrentados y hostiles, dos bastiones de formidable y bélico poder...

Anticipándose al Japón, y por caminos trazados ya mucho antes de la guerra, los Estados Unidos emprendieron la conquista comercial de la América del Centro y del Sud. Establecieron Legaciones en todas las repúblicas iberoamericanas; crearon oficinas de comisión-exportación en todas las ciudades que en esas repúblicas puedan tener importancia actual ó futura, y, en fin, se ingeniaron de tal modo, que ya en 1916 los viajantes compradores de todas las grandes casas de Buenos Aires, Santiago, Río, Habana y México modificaron su itinerario tradicional, renunciando á visitar París, Londres y Berlín, se encaminaron hacia los grandes centros industriales de Norte-América.

Así las cosas, llegaron los Estados Unidos á su máximo período de riqueza y de preponderancia en los comienzos de 1917.

Y, aunque menos ruidosa, no era menor en esta fecha la actividad japonesa.

Atento á la hegemonía del Pacífico, el Gobierno de Tokio, á semejanza del de Washington, había ya multiplicado sus misiones diplomáticas y comerciales en Chile, Bo-

via, Ecuador y Colombia, y había creado nuevas líneas de navegación transpacífica.

En este momento fué cuando la ambición de los financieros norteamericanos dió al traste con la neutralidad de los Estados Unidos, y comprometió, al mismo tiempo, todas sus empresas del porvenir.

Empeñadas en los empréstitos de la «Entente» las sumas fabulosas, las verdaderas montañas de oro que el *negocio de la guerra* había producido á la industria yanqui, y gravemente amenazados tales créditos por los reveses militares de los aliados, fué arrastrada Norte-América á la guerra por el incontrastable poder de sus multimillonarios en peligro de dejar de serlo.

Consecuencia de ello, la obligada suspensión de la ofensiva comercial norteamericana deja el campo libre á la iniciativa japonesa, que no duerme ni descansa... Pero no es esta la consecuencia más grave que para los Estados Unidos puede tener su intervención efectiva en la guerra...

El secreto de la Esfinge

Porque, entretanto, cada día aparece como más platónica y menos decidida la intervención japonesa.

En efecto: si en Enero último, al anunciarse la paz entre Rusia y los Imperios centrales, dijo el ministro de Negocios extranjeros del Japón, barón Motono, que su país *adoptaría medidas decisivas para hacer frente á la situación, de acuerdo con los aliados*, ahora mismo, cuando ya los aliados daban por segura la intervención japonesa en Siberia, el mismo barón Motono declara que *su Gobierno no ha de intervenir en la política interior de Rusia, dueña de gobernarse como mejor le parezca*, y que *sólo en el caso de que los acontecimientos en Siberia implicaran un riesgo para los intereses vitales del Japón, adoptaría el Gobierno japonés las disposiciones que*

estime necesarias para la defensa de sus intereses nacionales. Ya no se habla de intervención, y ya no se cuenta para nada con los aliados, al pensar en la defensa de los *intereses nacionales*...

¿Es únicamente la disconformidad de los Estados Unidos con Francia y con Inglaterra, en este asunto de la acción japonesa, lo que de tal modo ha podido modificar la actitud del Japón?

¿No existen acaso conversaciones secretas entre Tokio y Berlín?

Este es el secreto de la Esfinge amarilla... Terrible secreto para los Estados Unidos que nacen á la vida militar en tan difícil momento y con tan dura prueba como lo son la hora y el empeño de esta gran batalla que, en Francia, decide la suerte de la guerra.

Si Alemania venciera, ó, sin vencer, no fuera vencida, la bancarrota de los Estados Unidos no tendría precedente en la historia de las catástrofes económicas, y habría terminado, sin haber ni siquiera comenzado, la soñada epopeya del pueblo norteamericano...

Eso en tanto que, reservando íntegras su riqueza y su fuerza, y sin contrarrestar más de lo que le conviene el desarrollo de la política oriental de Alemania, el Japón, atento y misterioso, espera...

Y, con él, esperan también todos los pueblos de Asia, para quienes la ruina del Imperio británico significaría el comienzo de una era nueva...

Antonio G. DE LINARES



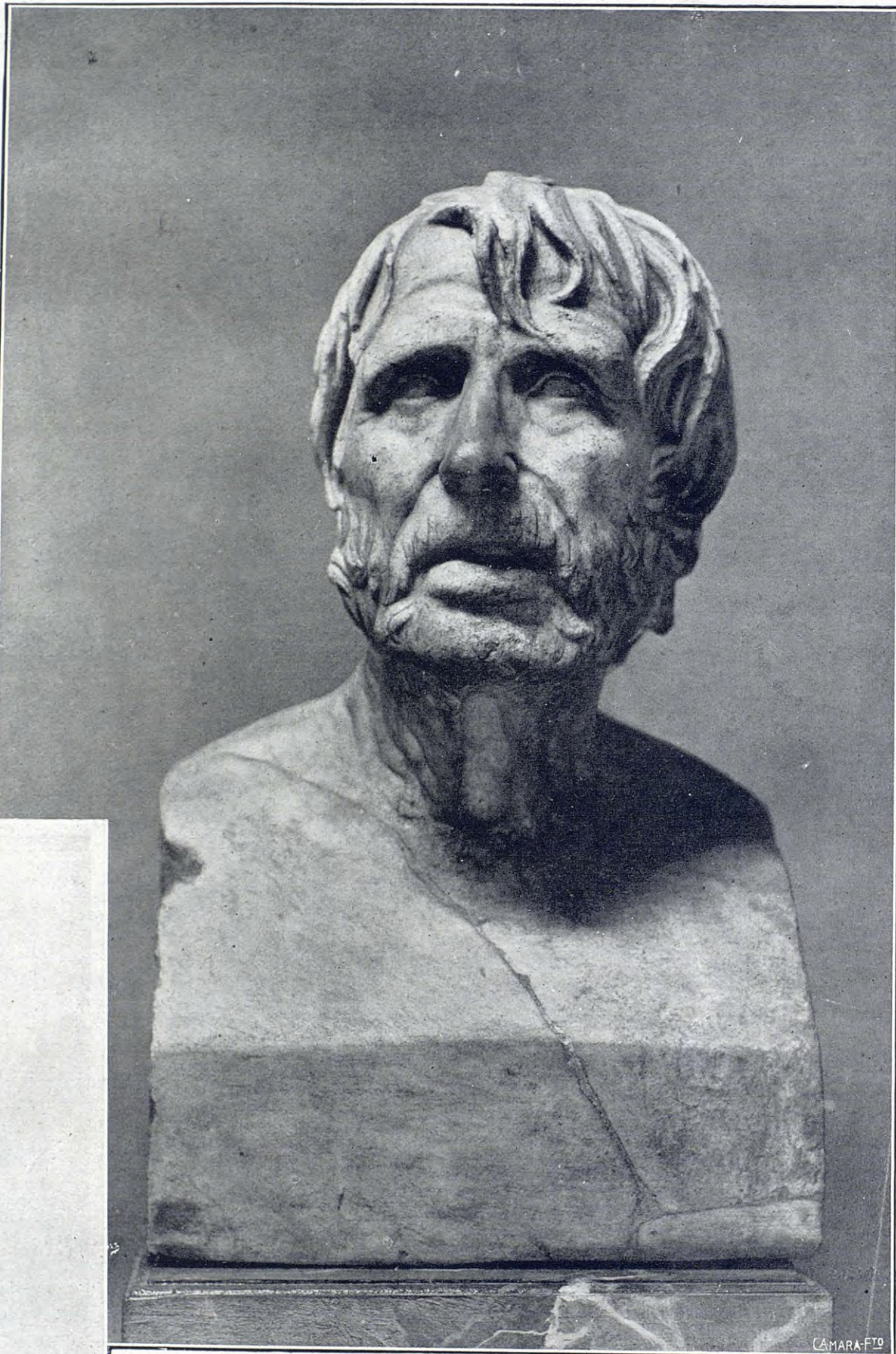


FILÓSOFOS Y ARTISTAS
SÓCRATES Y SÉNECA



EN la Sorbona hay un bello cuadro de Cazin, que evoca la casa de Sócrates. En una ensenada del mar Egeo, festoneada la orilla por un verde bosque, dos jóvenes, acaso dos discípulos del filósofo, acaban de edificar la humilde morada. El artista ha sabido ungir su cuadro con la expresión de una augusta serenidad. Si no fuese la mansión de Sócrates, sería la de Tales de Mileto, ó la de Bías de Pine, ó la de Cleóbulo de Lindos. Modificarase el título del cuadro, y siempre habría que decir que esa cabaña era la casa de la filosofía, tenga ésta la gracia de Atenas, ó la austeridad de Esparta, ó la resignación acogojada del refugio de un eremita. Nos imaginamos que, ya acabada la casita, la tierra que la rodea se ha convertido en un jardín. Una pomposa adelfa, matizada con sus flores rojas, sirve de dosel al maestro, que interroga con su clásico procedimiento indagador á sus discípulos. En la paz de la tarde, acompañado con el rumor de las olas, que se deshacen mansamente en la cercana playa, y con el murmurio del viento, que finge el diálogo de las ninfas con el sileno en el frontero bosque, el naciente pensamiento humano, impaciente por descifrar los misterios insondables que la Naturaleza le ofrece, mira al arcano con la inquietud del viajero que se detiene en su camino, turbado ante las impasibles pupilas de la Estinge.

¡Oh, quién hubiese podido asistir á esta iniciación de la Filosofía! Todas las escuelas aportan allí la sesueza de sus aforismos. «Conócete á ti mismo», dice Quilón, ciudadano de Esparta. Periando, que habitó en Corinto, exclama: «Vence la ira». Pi-



CAMARA-FOTO

“Séneca”, escultura romana, existente en la Galería de los Oficios, de Florencia



“Sócrates”, escultura griega, existente en la Gliptoteca de Munich

taco, nacido en Mitilene, dijo: «Nada es demasiado». Solón resume: «Mira el fin de la vida».

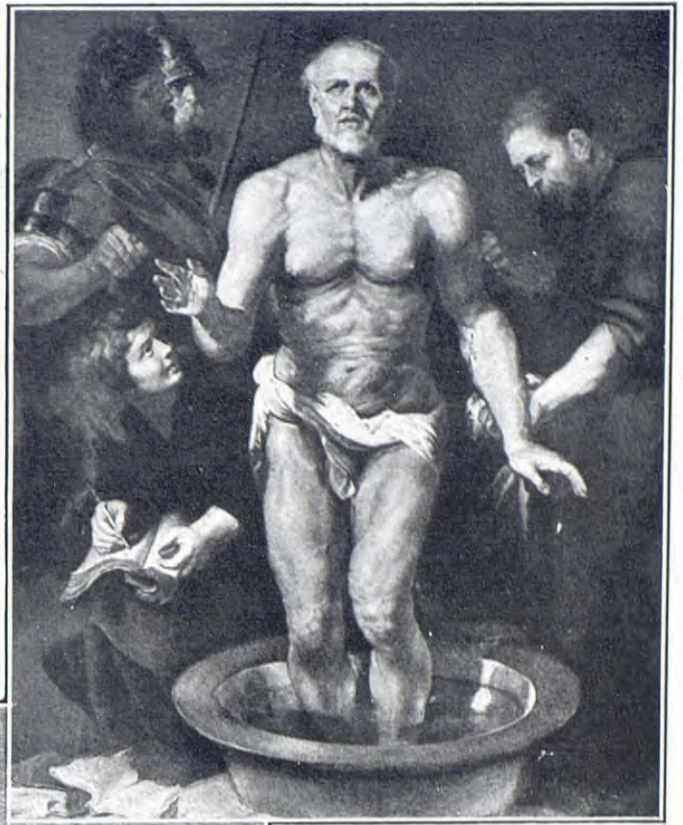
Por una lógica asociación de ideas, recordamos, ante el cuadro de Cazin, que nosotros conocemos á Sócrates. Le hemos visto en la Gliptoteca de Munich, en un mármol esculpido por un ignorado contemporáneo suyo. Hemos contemplado su cráneo macizo, su frente abombada, su nariz chata y ancha, sus mejillas prominentes, sus ojos ciegos de estatua, desmesuradamente abiertos. La imborrable huella que este hombre deja en la civilización humana, se concibe más ante este busto, ingenuamente esculpido, sin traza para encubrir la fealdad del filósofo, que ante el cuadro teatral y decorativo de David, en que Sócrates se dispone á morir como un dómine predicador. No; aquellos discípulos que lloran y se desesperan no son dignos del filósofo. Dice más la cabeza augusta de la Gliptoteca que todo este aparato escenográfico con que el maestro se dispone á beber la copa de cicuta.

Porque, en Sócrates, la Filosofía es, ante todo, serenidad, y es quietud espiritual, que, por raro contraste, es el más poderoso estímulo de la Humanidad. La Filosofía, que es cinismo en Diógenes, y sensualidad en Epicuro, y fatalismo en Teócrito, pasa sobre el alma humana sin dejar una honda huella, mientras que esta misma serenidad, que un escultor contemporáneo de Sócrates perpetúa en el busto de Munich, otro escultor contemporáneo de Séneca la hace eterna en el busto del maestro de Nerón, que admiramos en la Galería de Florencia. Allí, sin duda, ante este busto, obra portentosa del cincel romano, concibió Rubens su cuadro, en que el filósofo, rota ya la vena de donde ha de escapársele la vida, dicta sus últimas palabras.

En ambos cuadros, en el de David y en el de Rubens, parece vivir un mismo suceso histórico con dos pensamientos diferentes. Ante la muerte del filósofo, ante el rendimiento del pensamiento á la violencia, ante el vencimiento de la idea por el Poder público, llámese tirano ó tribunal, capricho ó ley, ¿debemos llorar, desesperarnos, sentir encendido en nosotros el espíritu de rebeldía y el deseo de venganza?

Al cabo, esta pregunta encierra toda el alma de la Humanidad en estos momentos. La Filosofía ha fracasado. Si parece estéril á la superficialidad de nuestra observación el sacrificio de la vida del propio Redentor, ¿qué no juzgaremos de la muerte de Sócrates y de Séneca y de tantos otros como rindieron con sus vidas el testimonio de su fe? Al cabo de los siglos, cuando parecía que el espíritu humano iba alcanzando perfeccionamientos que lo acercaban á la divinidad, al ensueño consolador de su origen superhumano, vuelve á caer el mundo entero en las nebruras y en las barbaries de la guerra.

¿Qué importa el asombroso progreso aplicado á las armas y á los medios de combatir? Reims ó Nínive, Verdún ó Babilonia, Amiens ó Sidón, Iprés ó Tiro, la misma angustia hay en las ciudades sitiadas y destruídas, la misma fiera en el agresor, la misma estupidez en la horda desenfrenada, que se lanza al asalto sin miedo á la muerte. En esta hora en que todos los países enloquecen, en que hasta el socialismo y el anarquismo se confiesan derrotados por el sentimiento de las fronteras y el odio de raza, en que se proclama la inutilidad y la esterilidad de toda filosofía, se



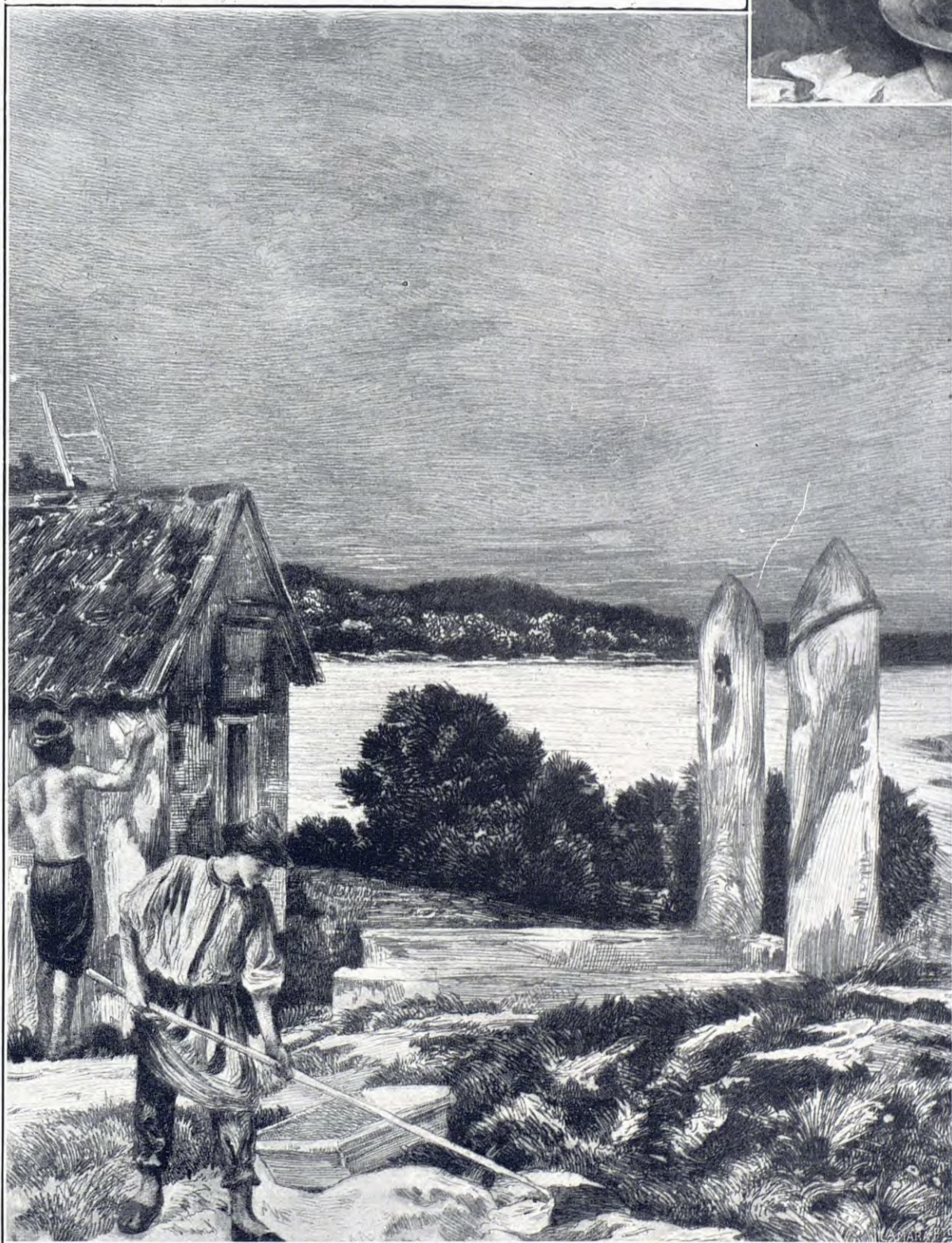
"La muerte de Séneca", cuadro de Rubens

debe recordar con mayor ahinco esta herencia augusta de serenidad que el Arte nos transmite, en la evocación de los filósofos que supieron morir como Sócrates y como Séneca.

Será verdad que la Filosofía es estéril; juego de palabras más ó menos ingenioso y más ó menos arbitrario que ha entretenido á la Humanidad siglos y siglos, casi desde los primeros balbuceos de su entendimiento; pero, al cabo, cuando terminan estos períodos de barbarie á que parece condenarnos un fatalismo histórico, la Filosofía es como un templo donde el espíritu humano se cobija y se purifica, es la realidad de un arrepentimiento donde se refugia y se redime.

Acelerad pronto el término de la guerra; corazones dormidos de los diplomáticos y los gobernantes, acabad presto esa inicua matanza y esa cruel destrucción... Que los jóvenes vuelvan á coger la paleta y reedifiquen la casa de Sócrates, toda humildad y sencillez, como en el cuadro de Cazin que hay en la Sorbona... Cúbrase la tierra de verdor y florezca de rojo la adelfa que ha de servir de dosel al maestro; sentémonos alrededor, y escuchemos con sus palabras apacibles y severas las hondas sentencias que, como frutas de saber, nacen en sus labios; sintamos nuestros espíritus atribulados por las preguntas que nos dirigirá conturbando cuanto duerme en nuestra inconsciencia. No nos preocupe la ley artificiosa, ni el tirano que la usará como sandalias de su capricho; no nos preocupe la lentitud con que la Humanidad se aleja de su bestialidad originaria, ni la atávica facilidad con que retorna á ella; no nos preocupe la copa de cicuta que se ofrece á nuestros labios... Sobre las ruinas de todas las ciudades y sobre las borradas fronteras de todas las naciones, será esta Filosofía que creemos estéril, inútil y fracasada el único aliento humano que unirá la eternidad de ayer con la eternidad de mañana, cuando el tránsito de la Humanidad sobre este planeta parezca á los dioses un incidente de segundos en el no contado transcurrir del tiempo sin medida y sin cálculo...

MÍNIMO ESPAÑOL



"La casa de Sócrates", cuadro de Cazin, existente en la Sorbona

GRACIAS
MODERNAS

LAS FLORES DEL MAL



DESPUÉS de misa, hay unas horas domingueras que acrecen la ufanía de las novias y mortifican á los novios. No se sabe por qué, las novias prefieren estas horas postmisaes como las más propicias al paseo público. Ignórase, asimismo, por qué los novios hallan las horas éstas verdaderamente inaguantables. Pero así es, según recientes testimonios de novias que, al salir de misa, salen rientes, engalladas y publicando guerra, y de novios que, apenas dejan el templo, salen acoquinados, desvaídos, con porte flojo y caras de convalecientes.

Un nuestro amigo, solterón y novio vitalicio, como quien dice, se ha servido explicarnos, á su manera, la influencia quimérica de estas salidas de misa. Para nada las relaciona con el culto. Según él, tanto da que los novios salgan de un templo, como de un museo, ó de un cine. La cuestión es que salgan juntos á esas horas, terribles y fatales, que tienen el poder espiritual de un embrujamiento.

—Pero ¿un embrujamiento en pleno día?

—Pues ahí verás. De noche, embrujan los ruidos y los astros. De día, los escaparates y los vendedores. ¿No te has fijado? Es muy curioso. Las mujeres padecen la fascinación lunar. De noche, por la luna de los cielos. De día, por la luna del escaparate.

—Bueno; pero, ¿y los novios?

—Idéntica fascinación padecen los novios, solamente que con matices «financieros». La fascinación de la luna, como astro, les permite esa

serie de quimeras que se llaman «cábalas». La fascinación de la luna, como escaparate, les obliga á esa serie de aritméticas que se llaman «cálculos». Y, naturalmente, entre el «cálculo» y la «cábala», se interponen el sueldo y la gratificación. Balzac, en su *Investigación de lo absoluto*, ha querido oponer el maleficio del amor al de la química.

—Pues no entiendo ni jota.

—Quiero decir que, para las novias, la luna del escaparate tiene mayor influjo que la del cielo. Y que, á falta de escaparates, el maleficio femenino está á cargo del vendedor. ¿No te has fijado en la insistencia maliciosa del vendedor dominical? Pues tiene mucho de diabólica. Especialmente cuando acude ante los novios, diríase un «demiurgo», como los del *Segundo Fausto*, ó un «tormentador», como los que en Sybaris perseguían á las doncellas, ofreciéndoles goces del Olimpo.

—Verdad que la insistencia de los vendedores es sólo comparable á la de los mendigos, y tal vez á la del orador parlamentario. Cierto que, en cuanto ven dos novios, se avispan y contentan, como si vieses dos felicidades.

—Ahí está. En que dividen y perturban el noviazgo, ensañándose en la perturbación. Por ejemplo: van ella y él en pleno idilio callejero. Pues inmediatamente surge el vendedor, ofreciéndoles, si no la manzana bíblica, los bombones, las flores, las chucherías domingueras. Entonces el idilio se desdobra. Prodúcese, inmedia-

tamente, el maleficio. La fina sensibilidad de ella despierta femeninamente, con blandura, con suavidad. Ella se da cuenta de todo: de la calle, de los espectadores y del espectáculo. El, más premioso y torpe, sigue en su idilio. Lo acosa el vendedor, y no le escucha. Le mete por la cara los bombones, y no los ve. Le pincha con las flores, y no lo siente. El no despierta, hasta que ella, riendo, le llama delicadamente la atención.

Entonces él comienza á ver la calle, los espectadores y el espectáculo. Se da cuenta, por fin, y se irrita. Hay una pugna entre su irritación, mal contenida, y la insistencia pífida del vendedor ó vendedora. Se trata de un perfecto crimen, con impunidad y alevosía, en plena calle, y al salir de un templo. No puede intervenir la justicia humana, porque el criminal, en este caso vendedor, tiene fuero en el uso público y derecho de asilo en las sonrisas de ella.

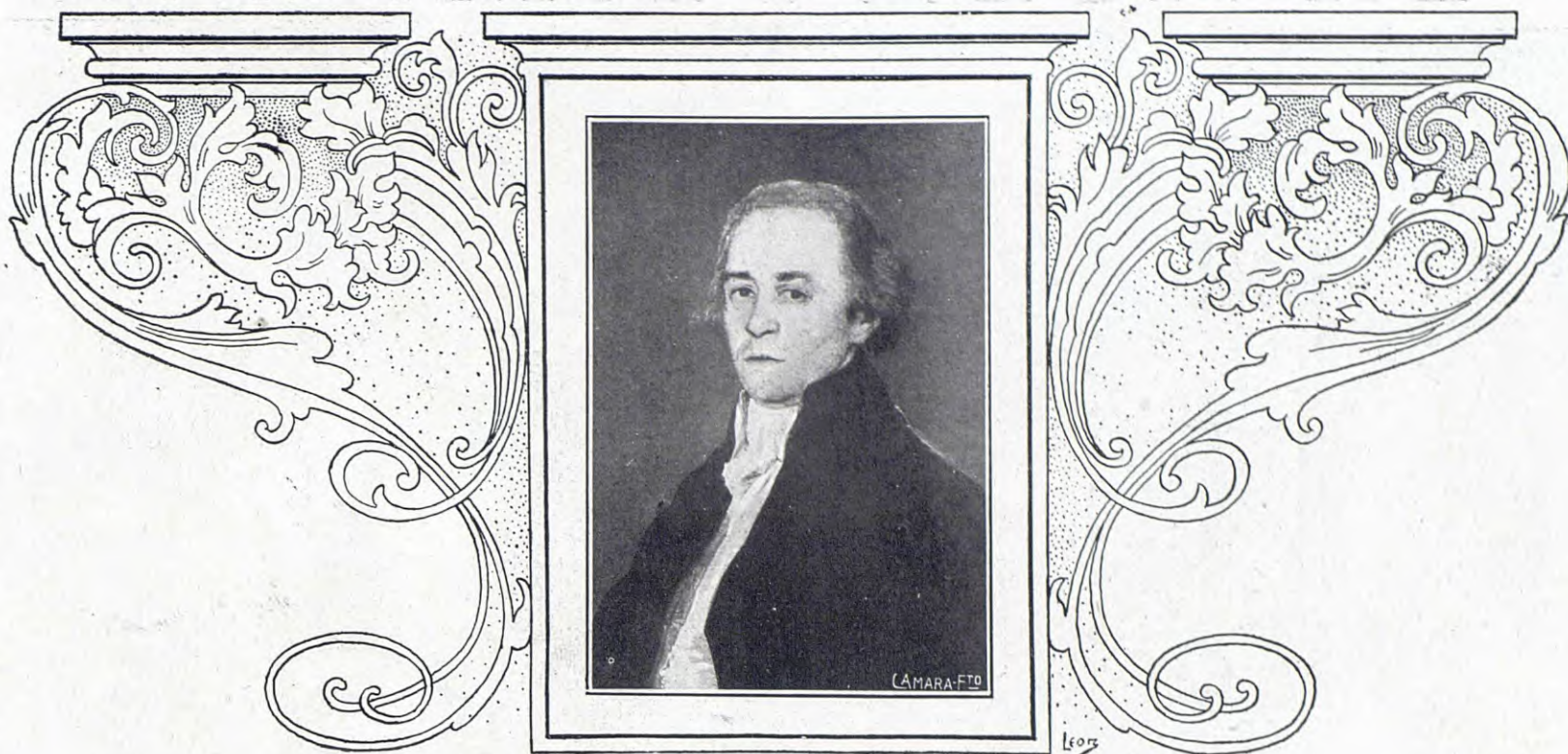
La víctima también sonríe. Mete mano al bolsillo. Saca dineros. Compra flores, bombones, chucherías, con terrible celeridad. Ya no es un novio. Es una máquina de comprar.

Luego, á la media hora, en la pobre casa de huéspedes, cara á cara con el bolsillo exhausto, medita silenciosamente ante unas flores.

Son las flores que interrumpieron el idilio y agotaron la bolsa. Las flores que agriaron la miel dominguera. ¡Las terribles y auténticas «flores del mal»!

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE RAMÍREZ



"Meléndez Valdés", por Goya

LOS OLVIDADOS MELÉNDEZ VALDÉS

Los españoles, aunque nos esté mal el decirlo, acostumbramos á ser despreocupados y olvidadizos con nuestras glorias; traémoslas á cuento si surge su recuerdo en alguna charla; pero después ya no vuelven á hacernos peso en las guardillas de la memoria.

De esta manera nos ha ocurrido con ingenio de tanto prestigio como D. Juan Meléndez Valdés.

A veinticuatro días del mes de Mayo cumplióse, el año anterior, el primer centenario de su triste fin, y, que yo sepa, nadie hemos tenido la más pequeña loa para él. Aunque un poco á destiempo, no quiero que falte la mía, que siempre fuí muy devoto de la musa sencilla y melancólica del apacible *Batilo*.

Desde muy mozo alcanzó fama en las aulas de Salamanca, por su clarísimo entendimiento, siendo ejemplo de los condiscípulos y admiración de los profesores.

Las musas fueron pródigas con él, y muy pronto concedieronle cédula de poeta, aunque no altisonante y grave á la manera de Cienfuegos y Hermosilla, sino dulce y tranquila, al uso de Villegas. Un poco falso y artificioso es el estilo, porque nunca las gentes del campo entendieron de sutilezas y madrigales; pero tan pulida es la forma, tan bellos los pensamientos y tan correcta la versificación, que aquellos romances y anacreónticas entrábanse muy á gusto por las puertas del sentimiento.

Entonces, como ahora, no le bastaban á un poeta, para vivir, las odas y sonetos, y hubo el hombre de seguir la carrera de Leyes, en la que alcanzó muy altos empleos.

Fué alcalde del Crimen en la Audiencia de Zaragoza, y, más tarde, oidor de la Chancillería de Valladolid.

Durante el tiempo que reteníanle sus cargos no olvidaba el cultivo de las Letras; iba amontonando originales, que después, al venir á la corte en el verano para hallar descanso, mostraba á sus amigos, y de ellos recibía elogios y consejos, haciendo siempre más caso de éstos que de aquéllos.

Los cargos políticos trajéronle hartos más disgustos que los que suele traer la Literatura, y en lugar de serles deudor de su encumbramiento, lo fueron de su ruina.

Aunque la plaza de fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, de la que tomó posesión en 23 de Octubre de 1797, procuróle algunos triunfos forenses de muy grande resonancia, no

le compensó de los amargos sinsabores que le llevaron á morir en la más espantosa miseria.

Puede tenerse por cierto que, á partir de esta fecha, comenzó su malaventura.

En el año siguiente vióse envuelto en la enemiga preparada contra Jovellanos, Saavedra, Cabarrús, Floridablanca y el conde de Aranda, y fué desterrado á Medina del Campo, y, posteriormente, á Zamora, hasta que, en 1802, fué concedido tornar á Salamanca, donde se entregó otra vez de lleno á los estudios puramente literarios.

En 1808 estuvo á riesgo de fenecer en Asturias, por haber aceptado una comisión del rey José, y fué ciertamente milagrosa su salvación, pues ya teníanle las turbas amarrado á un árbol y con los ojos cubiertos cuando apareció procesionalmente el cabildo de Oviedo y le arrancó de la ira del populacho...

Agregado á la Corte de Bonaparte, salió de España con el monarca intruso. En Francia tuvo aún más contraria suerte que en su tierra natal, pues sus servicios fueron olvidados prontamente.

Retiróse á Montpellier, porque sus escasísimos medios de fortuna le impedían seguir hasta París, y el mal estado de su salud, que era casi

tan precario como el de su bolsa, no le permitía los lugares húmedos.

Logró un hospedaje modesto en casa de un médico, el Dr. Fajes, hombre sabio y caritativo, que antes le tuvo por amigo que por huésped.

Mas el galeno no podía hacer con él más caridad que la de la asistencia médica, porque no era hombre de grandes medios de fortuna, y nuestro poeta, asistido por su esposa, doña Andrea de Coca, apenas podía atender al diario sustento, que hartos fueron los días en que entrambos se acostaron en ayunas.

La ciencia del doctor llegó á hacer notable efecto en D. Juan, pues que casi le curó por completo la parálisis del brazo derecho. Todos prometíanselas muy felices, pues pensaban que en aquel verano de 1817 estaría resuelta la salud del paciente.

Cuando menos podía esperarse, el 24 de Mayo, á poco de haberse levantado de la mesa, acometióle un fuerte dolor de cólico, que acabó con su vida en aquella misma noche.

El doctor atribuyó la desgracia á los alimentos leguminosos que ingería, por falta de medios para proporcionarse otros más sanos y fuertes.

ooo

Tuvo su viuda la intención piadosa de restituir el cadáver á España; pero no contaba con recursos para ello, y esperanzada en que vendrían tiempos mejores, compúsoselas no se sabe cómo para enterrarle, por vía de depósito, en la cueva de una casa de campo, á poca distancia de Montpellier.

Desesperanzada de lograr su propósito, años más tarde, hizo trasladar clandestinamente los queridos restos á la iglesia de Montferrich, valiéndose para ello del párroco D. Juan Arenas, conocido suyo y compañero en la emigración.

Don Juan Nicasio Gallego vino á descubrir casualmente esta circunstancia por los años de 1828, acompañando á los duques de Frías, é hizo trasladar solemnemente las cenizas del desventurado ingenio al cementerio de Montpellier...

Después de mucho tiempo trajéronse de Francia, junto con las de Goya y Moratín, para ocupar el mausoleo que se alza en el cementerio de San Isidro; pero ignoro si les alcanzó ó no el eterno descanso á que habían derecho, porque tengo para mí que en la espera que hubieron de hacer en la cripta de la *Colegiata* se perdieron definitivamente...

DIEGO SAN JOSÉ

EL TEATRO DEL SIGLO XVIII

Con joyas extranjeras osado se engalana,
de Calderón se olvida, de Tirso ya reniega,
la tradición destruye que alzó Lope de Vega
y goza de poetastros la musa casquivana.

De Moratín la envidia se eleva soberana,
hiriendo á quien altivo á combatirla llega;
Comellas tiene aplausos entre la turba ciega
y el trono de Amarilis ocupa la Tirana.

Se hace punible alarde de lúbricos amores,
rondan el vestuario plebeyos y señores,
chorizos y polacos combaten á porfía,

el mérito es vencido, medran las imposturas,
y en palenque de ociosos y en centro de aventuras
se mira convertido el Templo de Talá.

Narciso DÍAZ DE ESCOVAR

LA ESFERA
LA MODA FEMENINA

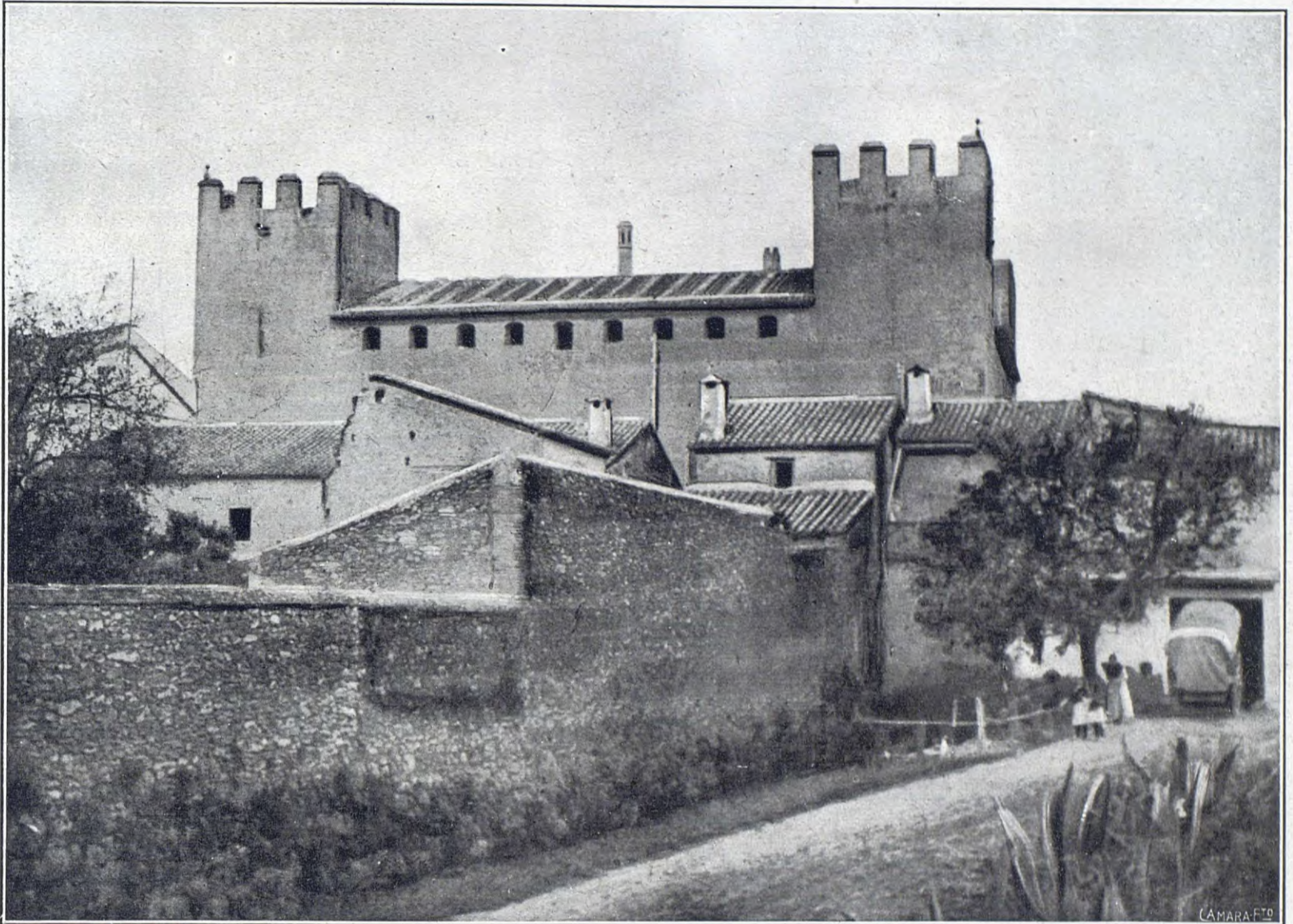


CUATRO SOMBREROS DE VERANO, ÚLTIMA PALABRA DE LA MODA PARISIÉN

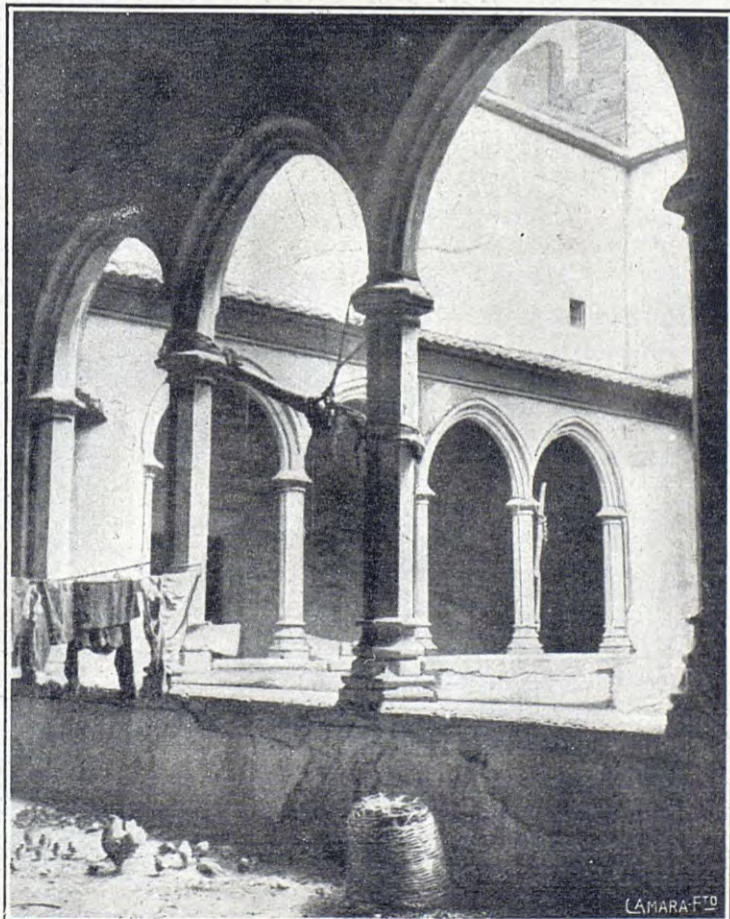
FOTS. HUGELMANN

MONUMENTOS VALENCIANOS

EL CASTILLO DE ALACUÁS

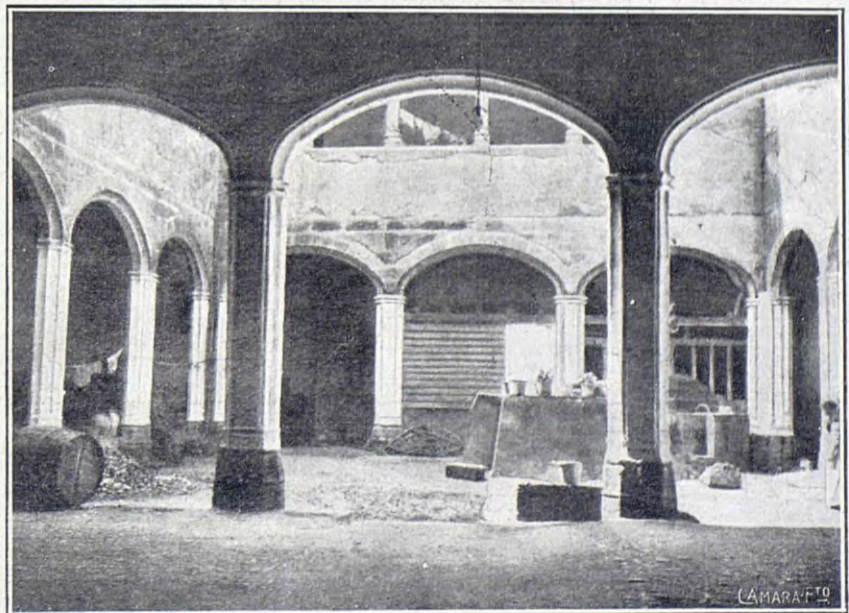


Vista general del castillo de Alacuás



Un aspecto de las galerías

ALACUÁS, pequeño pueblecillo de la provincia de Valencia, situado á no muy dilatada distancia de la florida ciudad del Turia, puede envanecerse de poseer un monumento notabilísimo, y único de su época, que existe en la región levantina. Nos referimos al soberbio castillo que en dicho pueblo hace destacar la gallardía y esbeltez de sus dos almenadas torres sobre la insignificancia casi general de las pueblerinas moradas. Este castillo fué edificado, en 1584, por orden y á las expensas de D. Luis Pardo de la Casta, primer conde de Alacuás, nobilísimo prócer levantino que, merced á su elevado espíritu y á su cuantioso caudal, pudo proporcionarse la doble satisfacción de poseer en el pueblo de cuyo nombre nació el suyo nobiliario, una casa señorial para su propio recreo, y el de legar á los siglos venideros un monumento digno de la admiración de cuantos tuvieran ocasión de contemplarle.—L. G.



Vista interior del patio columnario

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



SIEMPRE SERÁN PREFERIDAS

por su finura extraordinaria, delicioso aroma
é higiene perfecta, las admirables creaciones

FLORES DEL CAMPO

COLONIA + POLVOS + EXTRACTO + RON QUINA + BRILLANTINA + LOCIÓN

POLVOS DENTÍFRICOS DE OXENTHOL (á base de oxígeno) *Perfuman y embellecen
la boca, cuyos gérmenes nocivos destruyen, fortalecen las encías, blanquean los dientes.* **Caja: 1,25 pesetas.**

PEELE



EMILIA BENITO, hermosa cancionista

Los preparados "PEELE", Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretos, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial á la epidermis ni á la salud.

De venta en todas las Perfumerías, Farmacias y en



CASA PEELE MADRID
CARRERA DE SAN JERONIMO, 40

Concesionario para la Argentina: M. GAYTERO, Pichincha, 176, Buenos Aires

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

CARTUCHOS PARA SU PISTOLA O REVÓLVER



SEA cualquiera la marca de su arma, los cartuchos Remington UMC le darán resultados incomparables. Funcionan perfectamente en el arma automática, son limpios y exactos. Una prueba convencerá. Catálogo gratis.

REMINGTON ARMS UMC CO.
233 BROADWAY NEW YORK

Expedidores para España
UNION ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS
Villa Nueva 11 Madrid

SIBERIA

ASPIC "SIBERIA", se come frío. Calentado, con puré de patatas, guisado de coles o choucroute, es un manjar exquisito.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID



Agua de Syrus BLANCA Y ROSA

(MARCA REGISTRADA)

Si queréis obtener un cutis bello, usad AGUA DE SYRUS única higiénica que no contiene sustancias grasas

EL AGUA DE SYRUS no pinta

Efectos rápidos y sorprendentes; suaviza, hermosea, da tersura á la tez y una blancura nacarada, haciendo desaparecer los pequeños granos y manchas

De venta en todas las perfumerías de España

Precio: 3 y 7 ptas.-Provincias, 3,50 y 8 ptas
PEDID FOLLETOS A LA

Fábrica y Dirección: Plaza de la Encarnación, 3, MADRID.-Teléf. 1.633

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,

Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée

y en todas las farmacias

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

LÓPEZ HERMANOS "Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivera, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Únicos fabricantes del incomparable ANIS MOSCATEL, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino-Kina San Clemente.

Debido á la anormalidad de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confían. Para más detalles, pidanse catálogos.

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis. 5 pesetas.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América

CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda.

Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Carrito, 393
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

